

El **CORSARIO** **AZUL**



**NIDO DE
BUITRES**
POR J. LEÓN

Una escuadra de corsarios llegó a toda prisa, con las armas montadas. El cabo preguntó:

—¿Ocurre algo, señor alférez?

Pérez de Lerma respondió:

—Es posible que ataquen los filibusteros. Este hombre —añadió, señalando al cautivo— era un espía suyo. Estaba haciéndoles señales con una linterna.

Los aventureros contemplaron a don Álvaro.



J. León

Nido de buitres

El Corsario Azul - 11

ePub r1.0

Lds 05.06.18

Título original: *Nido de buitres*

J. León, 1949

Dibujante portada e interiores: F. Batet

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



El **CORSARIO** **AZUL**

R. J. LEÓN



NIDO DE BUITRES

Ediciones  Cliper



NOTA: Para mejor comprensión de esta novela, léase el número anterior, «El gobernador Villegas».

CAPÍTULO PRIMERO

CAPTURAN A UN TRAIIDOR

Una escuadra de corsarios llegó a toda prisa, con las armas montadas. El cabo preguntó:

—¿Ocurre algo, señor alférez?

Pérez de Lerma respondió:

—Es posible que ataquen los filibusteros. Este hombre —añadió, señalando al cautivo— era un espía suyo. Estaba haciéndoles señales con una linterna.

Los aventureros contemplaron a don Álvaro.

—¡Es el corregidor! —exclamó uno.

—¡Colguémosle enseguida!

—Alto —intervino Juan—. Llévalo al palacio y encerradlo en un calabozo. Con vuestras cabezas respondéis, de su vida. Ese hombre nos será muy útil. Debemos esperar a que regrese el capitán.

Unos corsarios le condujeron al palacio, encerrándole en los calabozos.

María Luisa se acercó al alférez.

—Juan, ¿estás seguro de que era un espía?

Pérez de Lerma asintió.

—Diego sospechó siempre que alguien de la población nos traicionaba y cada vez me convencí más de que, como siempre, tenía razón. El fué el culpable de todas las calamidades que ha sufrido la isla.

Se oyó un tumulto y un grupo de hombres armados se acercaron a la trinchera. Entre ellos, figuraban don Iñigo de Quesada y el

caballero Vélez de Guevara.

—¿Es cierto, señor alférez, que habéis prendido al corregidor, por estar en comunicación con el enemigo?

—Sí, es cierto.

Vélez de Guevara movió tristemente la cabeza.

—Era uno de los nuestros y nos vendió a los piratas.

—Debo pedirlos excusas —continuó Juan—, pues cuando el capitán Villegas me comunicó sus temores de que en la ciudad había un espía, llegué a sospechar de vos y de don Iñigo.

Quesada sonrió.

—En realidad nos lo merecíamos —dijo—, por nuestra ceguera al oponernos a los planes del Corsario Azul.

Pérez de Lerma guardó silencio. Vélez de Guevara volvió a preguntar:

—¿Qué pensáis hacer con don Álvaro?

—Esperaré a que regrese mi capitán y él le juzgará. Además, quizá obtenga los informes que necesito para destruir al olonés. — De pronto, Juan se dio una palmada en la frente—. Me había olvidado. —Se volvió al cabo de corsarios y ordenó—: Ve a la residencia de don Álvaro Guzmán y prende a todos los servidores.

El cabo saludó y, acompañado por cinco corsarios, se dispuso a cumplir las órdenes.

Vélez de Guevara saludó para retirarse y Pérez de Lerma agregó:

—¿Queríais acompañar a la duquesa de Santángel?

María Luisa, sin protestar, siguió al anciano aristócrata.

Entonces el alférez se volvió a los corsarios.

—Preparaos, porque es seguro que van a atacarnos —informó. Luego, sonriendo, añadió—: Les daremos un buen recibimiento.

Ocultos tras la trinchera, los aventureros enfilaron los arcabuces hacia la obscuridad. El alférez agitó en el aire la linterna. Al poco rato, se oyó un rumor de pasos. A la débil luz de la luna, vieron a los filibusteros que avanzaban confiadamente. El oficial montó las pistolas y apuntó. Los piratas se acercaron aún más. Entonces, Juan apretó los gatillos. Los dos disparos repercutieron en el silencio de la noche. Una descarga de arcabuzazos partió de la empalizada.

Se oyeron lamentos de muerte, maldiciones y gritos de asombro. Al fragor de los disparos acudieron más soldados, que comenzaron a disparar sobre los asaltantes, quienes, convencidos de una traición,

huyeron a toda prisa.

Pérez de Lerma contempló a los hombres que le rodeaban.

—Esta noche ya no atacarán. Hasta mañana podemos estar tranquilos. Y mañana veremos si les quedan ganas de combatir — exclamó.

Con la tizona rabitiesa, regresó al palacio contoneándose. Los defensores de la ciudad, sudorosos y sucios, le contemplaban, apoyados en sus armas. Gracias a aquel alférez descarado y sonriente habían vencido. François

L'Olonais

intentaba en vano asaltar la ciudad y nadie tan bien como ellos sabía lo que esto quería decir. En otra ocasión el mismo capitán bucanero había saqueado la población y aun se mantenían despiertos en su memoria les horribles recuerdos del ataque.

Pérez de Lerma llegó al palacio. Los centinelas le saludaron con orgullo, las mujeres le bendecían en silencio y los heridos parecían sentirse más aliviados al contemplar a su jefe al que nada podía vencer. Los corsarios que allí se encontraban, sonreían con cariñosa satisfacción. Era uno de los suyos, uno de los oficiales de «El Antillano».

Juan se dirigió a los calabozos. El corregidor se encontraba en uno de ellos y sus servidores en otro. Se detuvo ante Guzmán y dijo:

—Don Álvaro, os he detenido como espía y en cuanto llegue el capitán Villegas seréis juzgado. ¿Tenéis algo que objetar?

El cautivo se agitó con desesperación.

—Os equivocáis, yo no soy espía.

—¡Basta! —interrumpió el corsario—. Asesinasteis a un centinela e hicisteis señales con la linterna. Poco después los piratas atacaron. Por fortuna, les rechazamos. —Hizo una pausa y agregó —: Cuando llegue el capitán se os juzgará.

Juan dio la vuelta y salió de los calabozos.

Subió las escaleras, encaminándose hacia su dormitorio. Como ya no atacarían aquella noche, quería descansar. Se preguntó durante cuánto tiempo mantendría el sitio el olonés. En realidad, prefería que François lo hiciera así. Diego no tardaría en volver y atraparían a los filibusteros entre dos fuegos. Aquél sería el fin de L'Olonais.

—¡Juan!

El alférez se volvió. Estaba ya muy cerca de su dormitorio, cuando le llamó una voz femenina. De las sombras surgió María Luisa.

—¿Qué haces aquí? ¿Ocurre algo?

Ella negó con la cabeza.

—Te estaba esperando. Quiero hablar contigo. Cuando comenzamos a querernos nos interrumpen.

Se dirigió hacia la terraza, siguiéndola el corsario. La joven se detuvo junto a la balaustrada, iluminada por la luna y contempló el panorama que ante ellos se abría. A sus pies, la ciudad aparecía en sombras, iluminada tan sólo por las hogueras junto a las que se agrupaban las rondas, la mole gris del presidio se recortaba sobre el puerto y a lo lejos, en la campiña en sombras, brillaban las fogatas del campamento filibustero.

María Luisa aspiró el aire fresco de la noche que le agitaba la negra cabellera. Un olor salino del mar, que a lo lejos semejava una lámina de plata, llegaba hasta los dos jóvenes.

El corsario contempló con ternura a la muchacha. Su delicado perfil se recortaba sobre el cielo cuajado de estrellas y sus dulces labios se entreabrían de felicidad. Sus endrinos cabellos se agitaban junto a las blancas mejillas. María Luisa se volvió, fijando en el alférez sus ojos profundos y aterciopelados.

—Juan —murmuró—. Es la noche más hermosa de mi vida. Te quiero mucho.

El corsario se acercó más a ella. De las sombras de la ciudad se elevó el canto nostálgico de un marinero que se acompañaba de la vihuela.

—Ha sido todo tan rápido que casi no me he dado cuenta —continuó María Luisa—. De ser unos extraños, a quienes había unido una extraña circunstancia, nos hemos convertido en dos enamorados. Ocurrió todo en un instante y ahora me parece que toda mi vida estuve ligada a ti. La realidad es ésta, porque aquí estás tú. Todo lo demás ha desaparecido. —Hizo una pausa y sonrió—. Cuando comenzaba a darme cuenta de que me abrazaban y que eran tus brazos los que ceñían mi cuerpo, la guerra volvió a reclamarte. Volví a encontrarme sola, pero cuando llegué al palacio pensé que no podía ser, que todo era efecto de un sueño y quise convencerme de que efectivamente me habías besado y me habías

dicho que me querías. Te esperé. Oí retazos de conversaciones y todas se referían a ti. Eran mujeres o soldados que alababan tu valor, corsarios que relataban tus hazañas y me sentí orgullosa de que amase a un hombre así.

Pérez de Lerma se acercó a la muchacha y tomó una mano que besó con pasión.

—Tanto había deseado abrazarte que me parecía imposible que fueras tú la muchacha que estreché contra mi corazón. Te había amado desde lejos, contemplándote, altiva y serena, muy por encima de un pobre corsario. Parecías tan inaccesible que jamás llegué a soñar que corresponderías a mi amor y luego te tuve, feliz y temblorosa, entre mis brazos, correspondiendo a mis caricias y oyendo cómo decías que me querías.

La joven sonrió.

—¿Tamo te cohibía, Juan?

Asintió el alférez.

—¿Por qué entonces dijiste que ya sabías que te amaba?

Pérez de Lerma, por primera vez en su vida, bajó los ojos con timidez. Luego se encogió de hombros. Muy cerca de los suyos, murmuraron los labios rojos de María Luisa:

—¡Fanfarrón! Fué tu aire de vencedor el que me hizo adorarte.

—Sus manos finas le acariciaron las mejillas y le hicieron alzar la cabeza—. Pero ahora, al verte cabizbajo y cohibido, he sentido un gran deseo de abrazarte, Juan. Di que me quieres. Quiero oír cómo lo dices.

Los brazos del corsario la estrecharon por la cintura y exclamó junto a su oído:

—Te quiero, María Luisa. Te quiero.

* * *

Al amanecer, el olonés intentó su último ataque. Entre las brumas lechosas que anunciaban el nuevo día, avanzaron los bucaneros con las armas en ristre. Marchaban con cierto cansancio, como si les fatigara aquel oficio de asesinos y ladrones, o como si la empalizada de la ciudad resultara demasiado alta.

Los centinelas dieron la voz de alarma. Batieron los atambores y la trinchera se erizó de arcabuces y de picas. Destacando sobre los demás, donde los filibusteros y María Luisa pudieran verle, se

encontraba Pérez de Lerma. En sus ojos relucía una mirada tan acerada como su tizona, y en sus labios una sonrisa de desafío para todos los que quisieran conquistar la ciudad. Sobre el corazón, como divisa y amuleto, ostentaba una cinta blanca, tomada de un traje de mujer.

En la fortaleza ondeaba, orgullosa e invicta, la bandera de España. Comenzaron a rugir los cañones. Entre la lluvia de metralla y las explosiones de las granadas avanzaron los piratas, pero su carga carecía del fuego y del entusiasmo de los primeros combates. El alférez ordenó:

—¡Fuego los del arcabuz!

La empalizada se pobló de fogonazos. Tableteaban las bocas de fuego, desparramando la muerte entre los asaltantes. Éstos vacilaron, pero

L'Olonais

les enardecía con sus gritos. Ciudad de la Perla era muy rica y se les ofrecía como un lujoso botín. El débil ataque reanudó. Desde la empalizada, los españoles cazaban a los filibusteros, abriendo claros en sus filas.

Fué imposible explicar cómo se inició. Pero de pronto, alguien echó a correr en uno de los grupos que atacaban. Se debilitaron las alas de la columna enemiga y todo el ejército pirata huyó hacia su campamento.

Pérez de Lerma les contempló por medio de su catalejo. Discutían acaloradamente. Parecía que una cosa muy importante se decidía. El olonés agitaba los brazos, pero el grupo de hombres que le rodeaba no parecía estar de acuerdo.

Al fin, para sorpresa de los españoles, los filibusteros levantaron el campo y emprendieron la retirada. Marchaban cabizbajos y cansados, con las armas apoyadas al hombro, dirigiendo furtivas miradas a la ciudad que se erguía, desafiando su rapacidad.

François

L'Olonais

quedó solo un instante, contemplando el objetivo que fué más fuerte que todas las hordas de asesinos que mandaba.

En la trinchera se alzó un clamor de entusiasmo. Quedaban libres. Los soldados señalaban la columna que se retiraba y reían gozosos.

Menergas, haciendo bocana con las manos, les gritó, remedando un antiguo cantar de soldados:

—«¡Ciudad de la Perla, madre, no es buena de tomar!».

El Tuerto y el Extremeño cantaban a voz en cuello:

«A los corsarios del Rey
tan sólo se les vence en buena ley
pero aun no se ha encontrado
quien tal cosa haya logrado».

Los españoles se abrazaban con entusiasmo. Algunos proponían una salida, para cortar la retirada al enemigo. Pérez de Lerma reclamó silencio:

—No os descuidéis, que bien pudiera ser una añagaza.

Echó a correr hacia la iglesia. La noticia se había extendido por la ciudad y las mujeres y los niños le miraban con admiración.

A toda prisa subió el alferez los peldaños hasta llegar a la torre del campanario. Enfocó su catalejo y vio cómo los filibusteros embarcaban en las lanchas y se dirigían hacia las naves. Era la retirada. Habían desistido al fuego.

Al pie del campanario se agrupaban los habitantes de la población. El corsario vio cómo los filibusteros embarcaban en seis fragatas. No había duda.

Se volvió y gritó a los que esperaban noticias:

—¡Ya se marchan esos hijos del Diablo!

Un entusiasta griterío estalló al pie del campanario. Los habitantes de Ciudad de la Perla se abrazaron alegres y triunfantes. Por toda la población comenzaron a sonar cantos de triunfo y de victoria.

Unos pasos ligeros y rápidos subieron los peldaños de la torre. Se volvió el alferez y vio a María Luisa que avanzaba hacia él, con las manos extendidas.

Los dos jóvenes se confundieron en un estrecho abrazo.

CAPÍTULO II

EL CORSARIO AZUL

Las seis fragatas del olonés se alejaban tristemente de La Granada. Les habían vencido. La amargura de la derrota y el furor de ser desbaratados sus planes embargaba a los filibusteros. Regresaban a la isla donde se ocultaban, con las manos vacías y muchos claros en sus filas.

Era una dotación triste. Muchos habían perdido a sus amigos y otros se contemplaban las heridas, frescas aun bajo los vendajes.

En la popa de su nave, François L'Olonais,

ceñudo y desalentado contemplaba las costas de La Granada que se perdían a lo lejos. ¿Que clase de hombres eran los corsarios?, se preguntaba el filibustero. Siempre que topó con los aventureros del capitán Villegas fué derrotado. En otras ocasiones tuvo más fortuna. ¿A qué se debía esta circunstancia?

El olonés había soñado con conquistar para Francia algunas colonias españolas y que el Rey le diera el gobierno de ellas, así como un tirulo nobiliario. Todo esto se lo había hecho entrever *Monsieur* de la Place. Primero, François intentó iniciar su carrera de triunfos, que ya tenía bien cimentada, en Yucatán, y el Corsario Azul le venció. Luego logró rehacer su maltrecha fortuna en las Granadinas y cuando la suerte parecía sonreírle de nuevo, Ciudad de la Perla, defendida por uno de los corsarios, aguantaba impertérrita sus ataques. No ignoraba François que la buena fortuna es imprescindible para los bucaneros y que sus hombres perderían la fe ciega que en él habían tenido. Aquel descalabro, aunque no

completo, le había perjudicado mucho.

* * *

Un griterío hizo salir a François de su camarote. Se volvió para ver a sus subordinados que braceaban y charlaban muy excitados.

El contraмаestre se acercó presuroso:

—Capitán, en el horizonte aparecen unas velas. Podían ser las del Corsario Azul.

El olonés tomó el catalejo y examinó las vergas que surgían a lo lejos. Dos de ellas pertenecían a galeones, las otras tres eran indiscutiblemente de bergantines. Con toda probabilidad se trataba del capitán Villegas. Era una gran ocasión para batirle. Contaba él con seis fragatas que resultaban un buen enemigo, pero sus hombres estaban desmoralizados.

A toda prisa dio sus órdenes. Era necesario poner proa a las Granadinas, ocultándose en el laberinto de islotes y de islas.

La lona de las naves filibusteras se extendió y las embarcaciones pusieron proa al archipiélago. Contaban con la ligereza de sus buques para escapar a los galeones y en caso de enfrentarse con los bergantines, éstos no representaban un enemigo peligroso.

Pero la flotilla española había visto a los piratas y enfiló los cascos de sus naves hacia ellos.

Durante un buen rato se persiguieron por la extensión azul del mar. El olonés veía con admiración cómo los pesados galeones y los ligeros bergantines acortaban la distancia que les separaba de sus fragatas. El capitán bucanero dirigió hacia ellos su catalejo y vio ondear la temida enseña española. Uno de los galeones ostentaba el estandarte azul No cabía duda acerca de la identidad de la flotilla. Era la del capitán Villegas.

El hombre de guerra que vivía en François no pudo por menos que admirar la pericia de aquellos marinos que sabían maniobrar una nave tan pesada como el galeón de modo que alcanzase a las fragatas. Su única salvación era llegar a las Granadinas antes de que se entablara la batalla. Sus desanimados bucaneros no resistirían un combate, que en circunstancias normales no hubieran dudado en entablar.

Continuó la persecución por la llanura azul del mar. Cada vez era más corta la distancia que a ambas flotas separaba. Los

bucaneros distinguieron las banderas de España y el estandarte azul que tanto les atemorizaba. Después de la derrota de Ciudad de la Perla, nada podía desanimarles tanto como un encuentro con el Corsario Azul. El hombre que mató a Lope Álvarez, a Walter Stout y capturó a la Máscara, el vencedor de Yucatán, de Jamestown y de Nueva Providencia. Temerosos, con las armas dispuestas para combatir, veían cómo se acercaban las naves enemigas. Podían distinguir el león rampante que como mascarón de proa lucía uno de los galeones. Era el distintivo de las naves de guerra. Se trataba de «El Antillano».

Aunque los filibusteros guardaban silencio, recordaban todos las historias de abordaje y de encuentros navales que acerca del Corsario Azul se relataban.

Podían ya distinguir a los aventureros del mar, que se agrupaban en la cubierta disponiéndose al abordaje.

De un momento a otro comenzaría la lucha.

De pronto el vigía de

L'Olonais

gritó:

—¡Tierra!

Miraron los bucaneros en la dirección que señalaba y vieron aparecer los primeros islotes de las Granadinas. Si lograban mantener la distancia, estaban salvados. Una vez se internaran en el archipiélago nadie lograría darles caza y podrían refugiarse en la isla que les servía de nido.

Pero la flotilla de Villegas avanzaba inexorablemente. La distancia que les separaba era ya muy corta.

El olonés, comprendiendo que era imposible rehuir la lucha, dio orden de establecer la línea de combate, pero sus capitanes no prestaron atención. Enloquecidos por el miedo, continuaron su huida hacia el archipiélago. No eran capaces de luchar. Toda su esperanza de salvación la cifraban en alcanzar los islotes.

Pero la flotilla española no cejaba en la persecución. Avanzaban los dos galeones, escoltados por los bergantines, cargando sobre los bucaneros.

Una andanada partió del costado de «El Antillano». Uno de las fragatas se tambaleó, al recibir de lleno la descarga. Como si hubiera sido la señal, todos los cañones españoles abrieron fuego,

barriendo las cubiertas enemigas. Los corsarios disparaban con cadenas, artimaña muy usada por los marinos, ya que destrozaban el velamen y las arboladuras enemigas.

Los buques que recibían las andanadas de «El Antillano» veían sus mástiles quebrados, mientras las lonas caían sobre la cubierta sembrada de cadáveres.

Las temidas «balas rojas», balas enrojecidas al fuego, golpeaban los costados, abriendo la madera como si fuera papel. Otros cañones cargados de brasas, derramaban sobre las cubiertas una lluvia de fuego.

Los dos galeones y los bergantines se acercaban cada vez más a la flotilla filibustera. Desbaratada la formación de éstas, cada capitán procuraba salvarse, huyendo del núcleo principal.

Pero la artillería española no descansaba ni un momento. Sin cesar bombardeaba las naves contrarias debilitando su resistencia. La cubierta se veía barrida por la metralla. Esquirlas perdidas se clavaban en la obra muerta, con un trágico silbido, mientras los filibusteros caían revolcándose en charcos de sangre.

Las vergas y las velas rotas que llenaban las cubiertas entorpecían la maniobra. Algunos buques humeaban y sus tripulantes, bajo una lluvia de metralla y de fuego, intentaban en vano apagarlo.

Una de las fragatas, con las arboladuras rotas, quedó detenida en el mar. Al instante dos bergantines se apartaron del núcleo principal y se acercaron a la inmóvil embarcación. Lanzaron los garfios y treparon por los costados de la nave, lanzándose aun abordaje furioso. Blandiendo picas y espadas los españoles cargaron sobre la desmoralizada tripulación bucanera. Ésta no se aprestó a defenderse, limitándose a luchar cada uno para salvar su vida.

Les persiguieron sin piedad por el buque, acuchillándoles donde les hallaban. Algunos, aterrorizados, se lanzaron al mar, sin comprender que iban al encuentro de una muerte segura. A los pocos minutos la bandera de las tibias y la calavera era arrojada a las aguas entre un flamear de machetes. Poco después, los bergantines se alejaban, dejando a la fragata presa de las llamas. Mientras, los dos galeones seguidos por el tercer bergantín, continuaban atacando a la flotilla fugitiva. Los piratas contestaban al fuego con timidez y sin orden, descuidando sus disparos. Algunas

balas dieron en el blanco, pero otras fueron a perderse en el mar. Una de las fragatas a las que habían bombardeado con balas rojas recibió un cañonazo en la Santa Bárbara y la pólvora allí almacenada estalló. Voló la madera por los aires, con un horroroso estallido, escupiendo hombres y cargamento. Una nube negra se alzó sobre el mar y por el agua flotaron mástiles y planchas de madera a las que se aferraban desesperadamente los naufragos. Esto fué lo único que quedó de la orgullosa fragata que había surcado el mar tantas veces, asaltando las naves mercantes y desvalijando barcas de pesca.

Otro buque, al que dirigieron una lluvia de tizones encendidos, comenzó a humear. Los filibusteros pretendieron apagarlo, pero todo fué en vano. Las llamas comenzaron a prender en la madera que el sol había secado y, con un incesante crugir, las lenguas de fuego comenzaron a devorar el buque.

Los filibusteros huían aterrados. Pretendieron arriar las lanchas de desembarco, pero el incendio se propagó con tanta rapidez, que muchas de las barcas, cargadas de bucaneros, fueron presa de las llamas. Los barriles de pólvora situados junto a las piezas estallaron, propalando el fuego y muy pronto la fragata fué una antorcha que lentamente se hundió en el mar, arrastrando a su tripulación de proscritos.

Otra de las embarcaciones filibusteras era perseguida de cerca por «El Antillano». Muy sencillo le hubiera sido a Villegas lanzar los garfios y abordarla, pero Diego no quería perder tiempo. Su presa era la nave capitana, donde iba su antiguo enemigo François L'Olonais.

El Corsario Azul transmitió una breve orden al condestable y Luigi Matholi, atusándose el mostacho, exclamó:

—¡Apuntad a la línea de flotación! ¡Enviadles a charlar con el diavolo!

Los artilleros enfilaron sus piezas y acercaron las mechas a los cañones. Una andanada sacudió el galeón y la nave se vio envuelta en una nube de humo.

Junto a la fragata cayó una lluvia de «balas rojas» alzando chorros de agua. Otras dieron en la madera, atravesándola como si fuera papel. La embarcación se balanceó, a los impactos de la descarga.

Matholi volvió a gritar:

—¡Presto! Otra andanada.

Cargaron nuevamente las piezas y un estallido infernal partió de los costados del galeón al tiempo que una nube de humo se alzaba hasta la cubierta.

Los cañonazos abrieron el casco de la fragata y ésta se ladeó peligrosamente, hundiéndose en las aguas.

«El Antillano» continuó su persecución, mientras un nuevo enemigo desaparecía bajo el mar.

Pero François

L'Olonais

no era hombre fácil de vencer. Navegaban ya entre los islotes del archipiélago de las Granadinas y el pirata no desaprovechó la ocasión.

En aquéllas circunstancias sería suicida enfrentarse con el Corsario Azul. Los bucaneros estaban desanimados y se sentían inferiores a los españoles. Era necesario ganar tiempo. Debía dirigirse a la isla que le servía de refugio y ponerse al frente de los hombres que allí se encontraban. Debía obtener algunos triunfos, abordando naves mercantes y entonces, cuando no influyera en su ánimo la derrota de Ciudad de la Perla, se enfrentaría con el capitán Villegas.

A este efecto torció su rumbo, encaminándose a un grupo de islotes y de peñascos que se alzaban a babor. La otra fragata le siguió. Entre aquel grupo de islas no sería difícil ocultarse al español, que por primera vez cruzaba aquellos parajes, tan conocidos para los hombres del olonés.

Las dos fragatas cruzaron a través de las islas. Con facilidad sorteaban los escollos y los arrecifes, que amenazaban los cascos de los buques que se aventuraban por aquellos parajes.

François enfíló su catalejo hacia la flotilla española y vio, con inmensa alegría, cómo continuaban la persecución. Si se internaban en el archipiélago era muy posible que embarrancaran en los escollos y entonces el odiado y temido Corsario Azul se encontraría en su poder.

En el puente de «El Antillano», Diego examinaba a las dos únicas fragatas que habían logrado salvarse. En una de ellas se encontraba su enemigo, el hombre que había jurado matarle y que se había

convertido en un azote para las colonias españolas. Se encontraba casi al alcance de su mano. Una vez muerto el capitán pirata, los filibusteros que amenazaban La Granada carecían de importancia.

Martín Ohando se acercó a Villegas.

—Diego —explicó—, creo conveniente que desistamos de la persecución.

El capitán le miró con extrañeza.

—¿Por qué?

—Estas aguas me son desconocidas. Entre las islas se encuentran infinidad de arrecifes que pueden hacer zozobrar el galeón. Para arriesgarnos en estos pasajes, deberíamos llevar a bordo a algún marino práctico en estas aguas. Por otra parte, ignoramos la isla en la que los bucaneros acampan y nos podrían preparar cualquier sorpresa. Tú mismo has dicho que su número debe ser considerable y nuestra fuerza es poca. Por tanto creo que mi consejo no es desacertado.

Villegas asintió en silencio.

—Bien —dijo al fin—. Regresaremos a Ciudad de la Perla. — Mientras el piloto se apresuraba a dar la orden, dirigió su mirada a las dos fragatas que se perdían en el horizonte—. De nuevo te salvas, olonés. Algún día te enfrentarás con mi espada.

CAPÍTULO III

EL CORREGIDOR CONFIESA

La flotilla entró en el puerto de Ciudad de la Perla. Un gran gentío se congregó en los muelles, saludando a los buques del Corsario Azul.

Una inmensa alegría dominaba a aquellos hombres. Además de la satisfacción de haber rechazado a François

L'Olonais,

la noticia de la batalla naval, transmitida por un pescador, levantaba sus ánimos sobremanera. Ya no vivirían constantemente bajo el temor de un saqueo. Entre ellos figuraban los corsarios, que si una vez los condujeron a la victoria, podrían derrotar siempre a los bucaneros.

La flotilla fondeó en el puerto, entre las delirantes aclamaciones de la multitud. En cuanto tendieron la escala, Pérez de Lerma subió a bordo de «El Antillano».

El capitán y el alférez se saludaron con efusión.

—Bienvenido, Diego. Sé que trabasteis batalla con los bucaneros. ¿Capturasteis al olonés?

Villegas negó con a cabeza.

—Ya hablaremos de eso. ¿Venían los piratas de aquí?

—Sí. Intentaron asaltar la ciudad —explicó Juan atusándose el bigote—, pero les rechazamos. ¿Cómo se te escapó ese bandido?

—No presentaron batalla. Huyeron apresuradamente y logramos hundirles, cuatro de las seis fragatas. Pero el olonés y otro buque se internaron entre los islotes de las Granadinas. Ohando me aconsejó que no continuáramos la persecución. Ignorábamos cuál era la isla

que le servía de refugio y Martín no conocía la situación de los escollos. Volvimos pensando que quizá aquí habría alguien que los conociera.

Pérez de Lerma, que escuchaba sonriendo, agregó:

—No sé si habrá alguno, pero tengo algo mucho mejor. He capturado al espía.

—¡Qué dices!

—Así es. He capturado al hombre que enviaba mensajes a los filibusteros. Se trata de don Álvaro Guzmán, el corregidor.

—¿Don Álvaro Guzmán? —repitió Diego extrañado—. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí. Le capturé cuando, después de matar al centinela, hacia señales al enemigo.

Villegas se puso en pie.

—Vamos a verle. Sus declaraciones pueden sernos muy útiles.

Los dos amigos descendieron de la nave y cruzaron la ciudad, entre las delirantes aclamaciones de la multitud. En la puerta del palacio, los dos centinelas saludaron con marcialidad.

Juan guió al Corsario Azul hasta los calabozos. Una vez allí, Diego se enfrentó con el corregidor. Éste le miró un instante y, no pudiendo resistir la mirada del capitán, bajó la vista.

—Don Álvaro —comenzó a decir Villegas—; fuisteis apresado mientras hacíais señales al enemigo. ¿Qué alegáis en vuestra defensa?

Guzmán se estremeció. Sabía que Diego, como capitán de guerra, podía enviarle a la horca.

—Vamos, ¿qué respondéis?

El prisionero se humedeció los labios.

—Fué una grave equivocación. Yo no era espía, yo...

—¿Qué hacíais entonces en la empalizada? —preguntó Pérez de Lerma.

—Creía que el enemigo iba a atacar.

—¿Por qué matasteis al centinela?

—Era él el traidor —aseguró Guzmán—. El fué quien les informó de todo lo ocurrido.

—No descarguéis vuestras culpas sobre un inocente a quien habéis matado —exclamó Diego—. Mañana seréis juzgado.

La gran sala donde se celebraban las reuniones del Consejo se veía llena de público. Todos hablaban y cuchicheaban en voz baja, comentando el suceso que allí les reunía.

Los alabarderos montaban guardia en la sala y en las puertas, dispuestos a mantener el orden.

En la vida de la ciudad, aparte de los ataques piratas, era aquel uno de los acontecimientos de más trascendencia. Iban a juzgar a un espía. En Ciudad de la Perla los juicios habían tenido como fin castigar a un marinero bravucón y algún ratero, pero jamás a una persona de calidad, acusada de mantener relaciones con el enemigo.

Pérez de Lerma obró cuerdamente al destinar a los cincuenta alabarderos como guardia del juzgado, ya que varios miembros de la milicia se habían confabulado para matar allí mismo a don Álvaro Guzmán. Aquel hombre había traicionado su confianza, vendiéndose a los filibusteros y amenazando con el hambre a la población.

Por la noche se había hablado de asaltar el palacio y arrastrar al corregidor por sus antiguos dominios. Los corsarios no eran ajenos a esta agitación, pero la presencia de Fernando Mendoza al frente de veinticinco arcabuceros en la puerta del palacio les hizo variar de opinión. Si alguien atacaba el palacio se las verían con todos ellos y así renació la paz.

En el fondo de la sala se alzaba una tarima y una mesa, bajo el estandarte de España. Sobre la mesa se veía un crucifijo.

La voz de Felipe de Castro, que actuaba de ujier, gritó:

—En pie. ¡El Tribunal!

Se alzaron todos, guardando un respetuoso silencio. Diego de Villegas, el caballero Vélez de Guevara y el síndico de los carpinteros se dirigieron hacia la mesa y se sentaron.

Felipe de Castro volvió a gritar:

—¡Sentarse!

Con voz clara ordenó el capitán:

—Que entre el reo.

Escortado por dos corsarios, que Fajeda supervisaba, Álvaro Guzmán entró en el juzgado. Unos grillos le ataban de pies y manos. En su semblante se veía retratado el sufrimiento moral del hombre cobarde que se enfrenta con la muerte.

El Corsario Azul comenzó a decir:

—Álvaro Guzmán, vais a ser juzgado como traidor a vuestros hermanos de raza, al dar informes a los enemigos del reino. A este efecto se ha constituido este tribunal que presido yo, Diego de Villegas, como capitán a guerra y que lo integran el caballero Vélez de Guevara en representación del Cabildo y maese Ordóñez en representación de los gremios de la ciudad. En representación del reino está la bandera de España y en nombre del Rey, mi tizona —concluyó, colocando la espada desnuda sobre la mesa—. Que Dios guíe nuestro buen juicio.

Se sentaren los miembros del tribunal y Diego añadió:

—Álvaro Guzmán, ¿tenéis algo que alegar antes de que comience el juicio?

El cautivo negó.

—El alférez don Juan Pérez de Lerma declara haberos capturado en el instante en que asesinabais a un centinela...

—¡Era él el traidor! —interrumpió Guzmán—. Le maté porque hacía señales al enemigo.

—No injuriéis la memoria de un muerto —respondió Villegas.

—¡Os juro que es cierto! ¡Le vi con mis propios ojos!

—¿Cómo es entonces que el alférez no lo vio?

El preso quedó un instante silencioso. Luego balbuceó:

—Porque también estaba en tratos con los bucaneros.

Un murmullo de indignación se alzó de la sala. Pérez de Lerma era el ídolo de los habitantes de la ciudad. No se le podía injuriar impunemente.

Deigo hizo una pausa y preguntó de nuevo:

—¿Cómo pudo el centinela ponerse en tratos con los filibusteros?

Esperanzado, Guzmán alzó la cabeza.

—Cualquiera podía salir de la isla en un falucho y dirigirse hacia la isla donde se albergaban los piratas. Estos derroteros son familiares a todos los naturales de Ciudad de la Perla.

Pausadamente, respondió el capitán:

—El centinela no era natural de Ciudad de la Perla. Era uno de mis corsarios.

Un murmullo de cólera se alzó nuevamente de la sala. Se oyó una voz que gritaba:

—¡Calla, fementido traidor!

Álvaro Guzmán abatió la cabeza se veía perdido. Le ahorcarían y él no quería morir. Por culpa suya muchos marineros perdieron la vida y el hambre amenazaba a los habitantes de la ciudad de la que era corregidor y que quiso entregar al saqueo de los piratas.

—En cuanto a la lealtad del alférez Pérez de Lerma —continuó Diego—, ha quedado bien probada en su defensa de la ciudad. Pero, si esto no bastara, cuando vos hicisteis señales a los bucaneros, él llamó a la guardia. —Hizo una pausa y continuó—. ¿Queréis más pruebas de vuestra traición?

El cautivo no respondió. Le temblaban las piernas y su semblante tenía una palidez de muerte. Respiraba con dificultad y en sus ojos lucía una mirada de terror.

Contempló los rostros que le rodeaban. En ellos no veía más que odio y desprecio. Estaba perdido. No podía esperar clemencia, pero el miedo le impulsó a pedir gracia.

—¡Perdonadme! —sollozó—. Yo no quiero morir.

—¿Tuvisteis piedad con el centinela? —preguntó una voz.

Villegas dio una palmada sobre la mesa.

—¡Silencio! —ordenó. Luego dijo—: No sólo se os acusa de convivencia con los enemigos de España, sino que también debéis responder de la muerte de un soldado. Tened en cuenta que la vida de un soldado que defiende una posición es sagrada, porque él todo lo sacrifica por defender a su patria. Vos, Álvaro Guzmán, sacrificasteis la vida de un soldado español para favorecer al enemigo. Estas dos acusaciones, de las que no podéis defenderos, os condenan a la horca. Además, traicionasteis la confianza de vuestros ciudadanos y la del Rey, que os nombró corregidor.

Álvaro Guzmán cayó de rodillas.

—¡Clemencia, clemencia! Os ruego que no me matéis, capitán Villegas. Os suplico que me perdonéis la vida.

Ante el deprimente espectáculo todos guardaron silencio. El cautivo se arrastró hacia la mesa del tribunal. Su descompuesto semblante revelaba un terror pánico.

—Sed clemente, capitán Villegas. No me matéis. Perdonadme la vida.

—¿Podéis devolvérsela a todos los que por vuestra culpa la perdieron? ¿A los marineros de las naves asaltadas por los piratas y

a los que cayeron defendiendo la ciudad?

Guzmán le miró.

—Repartiré mi fortuna entre los pobres. Haré lo que pidáis, pero no me matéis. Estoy arrepentido. No podéis castigar a un hombre por un acto impremeditado.

—¿Impremeditado? —repitió Villegas.

—Sí, impremeditado. Me cegó la ambición y por esta causa me puse en contacto con los piratas. Me daban una parte del botín.

—¿Enviabais un mensaje de los buques que iban a zarpar de la ciudad?

—Sí. Cada semana les avisaba de las naves que partirían hacia Tierra Firme o hacia España. Pero yo no tengo la culpa de que murieran sus tripulantes.

Diego exclamó con severidad.

—Les avisabais, sabiendo que los marineros defenderían las embarcaciones porque así lo requería su deber. Todas esas muertes os acusan.

Guzmán extendió las manos esposadas.

—¡No, no! Yo quiero vivir. Me arrepiento de todo el mal que hice. Perdonadme...

—Basta —ordenó Villegas—. ¿Dónde se encuentra el refugio del olonés?

—En la isla de Siguathey.

Diego miró al síndico de los carpinteros, como preguntándole si esto era posible. Ordóñez asintió.

—¿Es muy numerosa su flota? —volvió a preguntar Diego.

—Consta de quince buques.

—¿Tiene muchos hombres a sus ordenes?

—Sí, muchos.

—¿Cuál es su número aproximadamente?

—No sabría decirlo, señor capitán.

—¿Acampan todos en la isla de Siguathey?

—No, don Diego. Hay otros campamentos en las islas de Tobaguilla y Caoba.

Villegas asintió.

—Estos informes que gratuitamente nos habéis dado os libran, del potro, donde os hubieran hecho declarar, pero —prosiguió— debéis acatar la sentencia del tribunal.

Álvaro Guzmán se desplomó, perdidas las fuerzas. Sabía cuál sería su veredicto.

—¡No, no! ¡No podéis matarme! ¡Eso sería un crimen! —sollozó. Diego se volvió al caballero Vélez de Guevara.

—¿Cuál es vuestro parecer?

El anciano, aristócrata se puso en pie.

—Como miembro del Cabildo, juzgo al fementido traidor, Álvaro Guzmán, que aprovechándose de su cargo de corregidor vendió la isla al enemigo, culpable y responsable de todas las miserias que hemos sufrido.

—¿Y vos, maese Ordóñez?

El síndico se puso en pie a su vez.

—Álvaro Guzmán traicionó a sus conciudadanos, al establecer relaciones con el enemigo. Vendió Ciudad de la Perla a los bucaneros, procurando que ellos la asaltaran. Merece la muerte.

Entonces, el Corsario Azul se puso en pie. Todos callaron, esperando sus palabras. En medio de un impresionante silencio, habló:

—Como capitán de guerra, os juzgo traidor al Rey de España y culpable del asesinato de uno de sus soldados y por tanto, os condeno a la pena de muerte.

CAPÍTULO IV

EL FIN DE UN TRAIADOR

Un gran gentío se reunió a la mañana siguiente para presenciar la ejecución de Álvaro Guzmán.

Toda la población parecía haberse congregado en la plaza mayor para ver morir al espía del olonés.

En el centro de la plaza se elevaba un patíbulo sobre el que un hombre, con la cara cubierta por un antifaz, se apoyaba en una gruesa espada. Era el verdugo. Alrededor del patíbulo montaban guardia los soldados del presidio, armados de coselete, celada y alabarda. Ningún otro retén de guardia se había montado, ya que no existía peligro de que se alterase el orden. Ni un solo habitante de Ciudad de la Perla se condolió de que ejecutasen al antiguo corregidor y los centinelas que rodeaban al patíbulo eran más adorno que otra cosa.

Se veía en la plaza a los hombres armados aún de sus espadas y sus machetes, pues continuaba el peligro de invasión. En estrecha hermandad se mezclaban nobles y plebeyos, con el orgullo de ser todos soldados del Rey y ostentar por un igual armas que tan sólo se distinguían en el lujo de la empuñadura.

Los corsarios paseaban entre la multitud, pavoneándose con la vanidad de ser los héroes de la jornada.

En aquella época, una ejecución constituía un espectáculo público, parecido a una feria, al que asistía todo el mundo buscando diversiones. Pero esto no parecía rezar con la muerte del corregidor. En los semblantes de los expectadores no brillaba ninguna sonrisa ni deseo de divertirse. Aparecían todos con el ceño fruncido y la

expresión hosca. Juzgaban que la muerte era poco castigo para el traidor.

Una de las dificultades más grandes que se presentó a los jueces fué la de hallar verdugo, ya que en la isla no lo había. Ofrecieron dinero a los corsarios, pero éstos aseguraban con altivez que ellos eran soldados y que si bien no les importaba despachar a medio mundo en el campo de batalla, no se deshonraban realizando un trabajo tan indigno.

Por fortuna hallaron un preso, a causa de unos cuantos robos, que en otro tiempo fué verdugo y a cambio de su libertad y unos doblones se avino a decapitar al corregidor.

La multitud comenzaba a impacientarse. El espectáculo se retrasaba mucho. De pronto se oyó un redoble de atambor y se oyeron voces de aviso:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

La muchedumbre se abrió, dejando libre un estrecho callejón, por el que desfilaba el fúnebre cortejo.

En cabeza marchaban los atambores corsarios, cubiertos con negros crespones; luego marchaba un grupo de alabarderos, custodiando a Álvaro Guzmán, que, con las manos esposadas, dirigía miradas de pavor a la multitud estacionada para presenciar su muerte. Junto a él, marchaba un sacerdote que le ofrecía los últimos consuelos de la religión.

El preso veía pasar ante sus ojos los semblantes adustos y cejijuntos de los espectadores del drama. Sabía que entre ellos ninguno le iba a compadecer, que ninguno lamentaría su muerte y por el contrario, lo considerarían un acto de justicia. Ya no tenía fuerzas para protestar. Ante la cercana muerte maldijo su codicia que le llevó a asociarse con asesinos como François L'Olonais.

Ya nada podía hacer. Se repetía que iba a morir pero se encontraba como insensible. El veredicto no parecía rezar con él, sino tener relación con otra persona.

Pero cuando el patíbulo y la enmascarada figura del verdugo se re cortaron sobre el cielo, Álvaro Guzmán sintió cómo las afiladas cuchillas del miedo se clavaban en su carne. Chilló como una mujer, al ver su próximo fin representado por la sombría figura, que se apoyaba en la espada.

El sacerdote le acercó la cruz y murmuró palabras de consuelo. Pero el cautivo parecía clavado en la tierra, con los ojos desorbitados contemplaba el patíbulo, incapaz de moverse. Dos alabarderos le sujetaron por los brazos y le empujaron hasta llegar al estrado fatal.

Álvaro no se movió. Debía ascender los peldaños que le conducirían a la muerte, una muerte que nadie podía evitar y permaneció inmóvil, esperando que un milagro ocurriese que le salvase. Pero nada ocurrió. La justicia de Villegas no la podía evitar nadie en el mundo y nuevamente dos alabarderos le tomaron del brazo, conduciéndole hasta el patíbulo. Una vez allí cayó de hinojos, incapaz de sostenerse en pie. Su semblante desencajado era la viva imagen del miedo. Su voz se elevó, crispada por el terror:



Debió ascender los pe'daños que le conducirían a la muerte

—¡No, no!

La espada del verdugo cortó de un solo tajo sus desgarrados lamentos.

* * *

En su despacho, Diego de Villegas charlaba con Leyden, Pérez de

Lerma, Ohando y el caballero Vélez de Guevara.

—Creo —decía el capitán— que eran auténticos los informes que nos dio el difunto corregidor.

Vélez de Guevara asintió.

—En distintas ocasiones se ha hablado de la isla de Siguathey como refugio de piratas. En cuanto a las otras nunca oí hablar de ellas.

—Sé que forman parte de archipiélago de las Granadinas —intervino Ohando—, pero jamás las he visitado. Sin embargo, por lo que he oído contar, todos esos islotes son un buen nido para los bucaneros. Ante todo están deshabitados y por otra parte, los pasajes y estrechos están erizados de escollos que ofrecen una buena protección. Las naves que no conozcan esas aguas naufragarán sin remedio.

—Es, no obstante, de suma importancia que limpiemos esos nidos de buitres —prosiguió el Corsario Azul—. Nosotros solos no lo lograremos jamás. Nuestras siete embarcaciones carecen de importancia ante las quince del olonés. Por tanto, yo propongo que se envíe una nave a Santo Domingo con un mensaje para el almirante de Barlovento. Estoy seguro de que acudirá.

—¿De cuántas naves consta la flota? —preguntó el caballero Vélez de Guevara.

—De siete galeones y tres fragatas.

—Nosotros le ofrecemos nuestra ayuda —agregó el anciano aristócrata, asintiendo a la propuesta.

Villegas hizo una pausa y añadió:

—Queda una cuestión en pie y ésta es: ¿quién llevará el mensaje? El olonés puede encontrarse rodando estos rumbos y es necesario un hombre de probado valor y lealtad. Asimismo, su nave debe ser muy ligera.

Vélez de Guevara se acarició la blanca barba y dijo:

—La embarcación más adecuada sería un bergantín, que no atraería la atención de los bucaneros. Hay en Ciudad de la Perla un patrón que se llama Miguel Martínez. Es buen marino y hombre decidido. Ha servido en la Armada Real. Creo que es el más indicado. De todos modos deberíais hacer que le acompañase uno de vuestros hombres, a quien conociera el almirante.

Diego asintió.

—Es lo más razonable. Haced que avisen a maese Miguel Martínez.

Vélez de Guevara agitó una campanilla y entró un lacayo.

—Ve a buscar al patrón Miguel Martínez.

Saludó el lacayo y salió de la habitación. El capitán continuó tratando de sus proyectos.

—Me parece que el más indicado para llevar el mensaje es el alférez Pérez de Lerma. Don Juan Francisco de Montemayor le conoce sobradamente y podrá exponerle la situación de lo que aquí ocurre.

Todos estuvieron de acuerdo en este punto. Juan se atusó el bigote. Cruzar con una débil embarcación un mar infestado de filibusteros resultaba muy grato a su espíritu aventurero.

Mientras, Villegas exponía sus planes para la defensa de la isla. No creía que François

L'Olonais,

espíritu tenaz y vengativo, olvidara para siempre sus deseos de saquear La Granada. Podía rehacerse e intentarlo en cualquier ocasión. Por tanto, debían prevenirse. Proponía que se montaran presidios en distintos montículos de la isla para que toda la costa estuviera vigilada y de ese modo no pudieran efectuar el ataque por sorpresa. Los diez soldados que guardarían el fortín tendrían caballos para poder transmitir el aviso con rapidez.

Se eligieron los montes más importantes y las compañías de milicia que serían destinadas a este efecto.

Unos débiles golpes sonaron en la puerta.

—¡Adelante!

Entró el lacayo haciendo una reverencia.

—Maese Martínez aguarda.

—Que pase.

Saludó el lacayo y al poco rato entró un hombre de mediana estatura, pero robusto. Sobre la piel quemada por el sol, relucían unos ojos de fogosa mirada que desmentían sus grises cabellos.

—¿Sois Miguel Martínez, patrón de mar?

—Así es.

—Acercaos.

Diego le expuso a continuación lo que de él se esperaba.

—¿Aceptáis, maese Martínez?

—Voto a sanes que sí. No hay servicio del Rey que yo deje de hacer; no en balde serví con don Fadrique de Toledo^[1].

—El cabildo os pagará todos los gastos que podáis hacer. ¿Cuándo estaréis dispuesto a partir?

—Cuando anochezca.

—El alférez Pérez de Lerma os acompañará.

* * *

Juan salió al jardín. Los ojos le brillaban de alegría. ¡Era una maravillosa aventura la que iba a emprender! Cruzaría el mar hasta Santo Domingo, desafiando a los filibusteros y volvería con la flota de Barlovento. Después, cazarían a los piratas. Pero todo se debería a su esfuerzo, como se debió el triunfo de Ciudad de la Perla. En verdad, se dijo el alférez, no había mejor vida que la de los corsarios. Siempre de un lugar para otro, sin enmohecerse en ninguna parte, conociendo países extraños y cosechando laureles y, al pasar, en un alto en el camino, besar unos labios rojos mientras se goza del triunfo sobre el enemigo.

Muy satisfecho de su importancia y de la vida, se encaminó a comunicar las buenas noticias a María Luisa.

Encontró a la joven en el jardín recogiendo unas flores. Al oír el tintineo de unas espuelas se volvió sonriendo.

—Juan —exclamó, mostrándole el ramo—. He recogido estas flores para la Virgen. Se las ofreceré en agradecimiento por habernos salvado de los filibusteros.

Pérez de Lerma sonrió a su vez.

—Pídele que no me abandone, porque bien la voy a necesitar.

Ella le miró asustada.

—¿Nos amenaza algún peligro?

Juan se encogió de hombros.

—No más que otras veces. A ti te amenazará mientras no limpiemos el mar de piratas. A mí siempre, como a todos los soldados.

María Luisa hizo un mohín de enfado.

—No está bien que me asustes. De momento, ningún riesgo grave nos ronda. Tenía muchos deseos de verte —continuó tras una pausa—. Aunque nos separamos hace poco tiempo, me resultan insoportables los minutos en que no estoy junto a ti.

La muchacha sonrió y se acercó a él hasta que sus labios se unieron. Luego, el corsario murmuró:

—¡Te quiero, mi vida!

Los rojos labios de la joven se abrieron en una dulce sonrisa.

—Yo también, fanfarrón.

Se abrazaron con ternura, permaneciendo inmóviles un instante. María Luisa comenzó a decir:

—He pensado que momentáneamente debemos esperar a casarnos. Antes debo romper mi compromiso.

Juan asintió, haciendo un gran esfuerzo. Sabía que los cortesanos despreciaban a los soldados y no le hubiera desagradado dar un desplante al antiguo novio de la muchacha.

—Lo mejor —continuó ella— será enviarle una carta, explicándole lo ocurrido. Cuando me devuelva mi libertad, nos casaremos.

Al pensar en los años de dicha junto a la joven, Pérez de Lerma la estrechó con más fuerza aun.

—He venido a comunicarte algo —dijo entonces—. ¿Qué es?

—Esta noche salgo para Santo Domingo.

María Luisa le miró extrañada.

—¿Cómo es eso?

Juan le explicó la misión que llevaba a La Española. La joven le iba escuchando, mientras en sus ojos comenzaba a brillar una mirada de desesperación. El ramo cayó al suelo y sus manos se aferraron a la casaca del aventurero.

—¡No vayas! ¡No vayas! —suplicó—. Bastante hiciste al defender la ciudad. ¿Es que todo el riesgo ha de ser para ti? Que envíen a otro.

—¡María Luisa! —le reconvino Pérez de Lerma—. ¿Qué estás diciendo? Nunca se ha hecho bastante un servicio del Rey y los riesgos para un soldado no son más que ocasiones de señalarse.

—¡Si te vas me moriré! —exclamó ella, estrechándose contra el aventurero como si temiera perderle—. No sabes cuánto sufrí durante el asedio. Imagínate lo que sería ahora al pensar que te encuentras en un falucho, expuesto a las amenazas de los piratas. ¡No vayas, Juan, no vayas!

El alférez le acarició el cabello y procuró tranquilizarla.

—Es parte de mi vida. Cuando me hice soldado, sabía que era

una carrera larga y llena de sinsabores.

La muchacha no le escuchaba, ocultando el semblante en su hombro, mientras lloraba con desesperación.

—¡No vayas! —repitió—. Si quieres ascender, yo hablaré con los amigos de mi tío y creo que lograré que te hagan capitán. Cuando estemos casados, no será difícil que...

Pérez de Lerma se apartó de ella con dureza.

—¿Qué dices? —exclamó—. ¿Me harás ascender? ¿Crees que yo quiero ser uno de esos oficiales de tramoya que no hacen más que lucir la espada por los salones? Los grados que yo alcance, los habré ganado con mi tizona.

Dio media vuelta el alférez y se alejó de la muchacha, que no hacía más que gritar:

—¡No vayas, no vayas!

La noche se cernía sobre el puerto de Ciudad de la Perla.

A través de la niebla vespertina, se destacaban los mástiles de las embarcaciones, cuyas velas pendían flácidas e inútiles. La mole gris del presidio se recortaba sobre el cielo ceniciento.

Un grupo de curiosos y de amigos se había congregado para despedir a los que partían hacia La Española.

Pérez de Lerma, con ropas de marinero, escuchaba las últimas instrucciones que Villegas le daba. De pronto su mirada se desvió hacia una esbelta figura de mujer que, envuelta en una capa, entraba en el muelle, seguida de una dueña. Era María Luisa.

El alférez se separó de Diego V se acercó a la muchacha. Ella tendió las manos, al tiempo que decía con voz quebrada por las lágrimas que en vano pretendía contener:

—¡Juan, no quiero que nos separemos así!

Estrechó las manitas entre las suyas el corsario y respondió:

—Me dolía mucho hacerlo, pero...

—Sí, ya lo sé —le interrumpió la joven—. Soy una tonta. Pero no volverá a suceder. Hagas lo que hagas, si tú crees que está bien yo no opinaré lo contrario.

Pérez de Lerma guardó un instante de silencio y cuando iba a hablar, maese Martínez exclamó:

—Señor alférez, cuando queráis partiremos.

El aventurero besó las manos a la muchacha y dijo:

—Te quiero mucho, María Luisa.

Luego se separará de ella y embarcó en el falucho. La joven quedó inmóvil, con las manos extendidas, contemplando cómo la embarcación se apartaba del muelle.

—¡Juan, Juan! —sollozó.

El bergantín izó la vela e inició su viaje a través del Caribe, que surcaban las naves piratas, irreconciliables enemigas de España.

María Luisa rompió a llorar desconsoladamente.

CAPÍTULO V

LA BUENA FORTUNA DEL OLONES

Como un enjambre de avispas, los bucaneros arrollaron a la tripulación de la fragata mercante. Bajo los aceros y las pistolas, los españoles caían acuchillados.

François

L'Olonais,

blandiendo su acero, gritó:

—¡Rendíos, rendíos!

Un grupo reducido de marineros, a los que habían acorralado, entregaron las armas fiando en la palabra del vencedor.

Los demás fueron asesinados implacablemente. El bucanero hizo conducir a los cautivos a la bodega y la horda se entregó al pillaje.

El olonés hizo amontonar sobre cubierta las mercancías robadas.

Sonreía triunfalmente el capitán, al pensar en el botín cobrado. Había hecho ya tres ricas presas que, en cierto modo, compensaba la derrota ante el Corsario Azul. De las cuatro fragatas hundidas por los españoles, tres podían ser repuestas.

Se volvió hacia un siniestro personaje, que vestía con afeminamiento, y ordenó:

—Villon, haz que salgan los presos.

La orden fué recibida con gran entusiasmo por parte de los bucaneros. La fragata contenía un cargamento de vinos que ellos ya habían probado con exceso.

Villon abrió la bodega y ordenó a los españoles que fueran saliendo. Éstos, fiando en la palabra del vencedor, lo hicieron sin sospechar la terrible venganza que les esperaba. Como la escotilla

era pequeña, debían salir de uno en uno, y apenas aparecían, los franceses se lanzaban sobre ellos, aullando de júbilo. Los arrastraron por cubierta, al tiempo que les clavaban las espadas y las dagas, llenándoles de injurias. La sangre empapó la cubierta y los lamentos de las víctimas se mezclaron con los rugidos de los franceses.

François

L'Olonais

permanecía inmóvil, presenciando la sangrienta fiesta.

Cuando concluyó, el capitán comenzó a dar sus órdenes.

—Trasladad a mi fragata el cargamento y que cien de vosotros se queden de guarnición en ese buque.

Un rugido interrumpió la conversación de los filibusteros. Se volvieron todos para ver a un español, cubierto de sangre y moribundo, a quien tan sólo un supremo esfuerzo de voluntad mantenía en pie. Extendió el brazo, señalando al olonés, y fijó en él sus ojos, que relucían como los de un aparecido. Luego, con voz cavernosa, exclamó:

—¡Asesino, asesino! ¡El Corsario Azul nos vengará!

Por un instante la impresión impidió hablar a los piratas. Todos, en el fondo de su mente, temían la represalia del capitán Villegas.

Villon fué el primero en reaccionar. Tomó la pistola que lucía al cinto y disparó. El español permaneció inmóvil. Sus ojos continuaban fijos en los inquietos filibusteros.

—¡El Corsario Azul! —volvió a exclamar.

Luego se desplomó sin vida.

* * *

El poblado de chozas se veía iluminado por las hogueras sobre las que se asaban cabras y cerdos salvajes. El resplandor de las fogatas iluminaba los semblantes de los piratas sucios y semidesnudos, que se agrupaban a su alrededor. Las llamas y el humo se elevaba serpenteante hacia el cielo cuajado de estrellas.

Más allá de los bohíos se extendía un bosque de cocoteros y de caobos. Hasta la aldea, llegaba el rumor del mar, al romper sobre la rocosa costa.

Era aquella isla de Siguathey una de las mayores del archipiélago de las Granadinas. Constituía un magnífico refugio para los

bucaneros, ya que se encontraba por completo deshabitada, la cruzaban algunos arroyos de agua dulce y los bosques proveían de suficiente madera y caza a los proscritos. Las escarpadas costas, bordeadas de escollos y de arrecifes, les ofrecían una defensa natural contra los desembarcos enemigos, ya que las caletas y ensenadas se encontraban, en su mayoría, ocultas por rocas, y no eran frecuentes las playas de fácil acceso.

Siguatey era un nido de buitres en pleno Océano, desde la que partían las fragatas bucaneras, sembrando la muerte y la desesperación.

Además de esta isla, los filibusteros ocupaban los islotes de Tobaguilla y Caoba. Esta rama de «La Hermandad de la Costa», debido a su modo de vivir, en plena naturaleza, en bohíos, como salvajes, alejados de todo vestigio de civilización, sin ningún refinamiento, ni contacto femenino, era la parte más cruel y más dura de toda la plaga de bucaneros que cayó sobre la América española. Los hombres que la formaban eran igual a los lobos, sucios, flacos y traidores. Vivían en constante acecho y en su mayoría habían abandonado La Tortuga, Haití, Jamaica y los otros centros de piratas a causa de su falta de sociabilidad, convirtiéndose en indeseables dentro de los indeseables. Aunque nominalmente formaban parte de «La Hermandad de la Costa» y respetaban sus leyes y sus usos, no habían obedecido nunca las órdenes de los almirantes de la flota pirata. El olonés se vio obligado a refugiarse entre ellos a causa del vacío que le hacían en La Tortuga. Su mano férrea y sin piedad, su crueldad natural y su valor lograron agrupar a los filibusteros semisalvajes de las Granadinas. Una vez a la cabeza de los desalmados, la ambición renació en su alma. Capturaría La Granada, y las demás islas del archipiélago, y quizá hasta La Trinidad, que luego colocaría bajo la corona de Francia. Estaba seguro de que le nombrarían gobernador y que el título nobiliario no tardaría en llegar. Podría regresar a su patria de un modo muy distinto al que salió.

Satisfecho de sus planes, el olonés dirigió una mirada a los semblantes feroces, de tez curtida y cubiertos por espesas barbas.

—Hemos repuesto tres de las cuatro galeras que nos hundieron los españoles. Tenemos un gran botín que nos puede ser muy útil, pero que aquí de nada nos sirve. Por tanto, yo propongo que uno de

vosotros cargue todo el botín en una fragata y lo lleve a La Martinica. Con el provecho de la venta, comprar dos fragatas más y volver para aquí, con todo lo que nos hace falta: pólvora, municiones, armas, ropa...

—Y aguardiente —interrumpió una voz.

—Y aguardiente —convino François—. Además, debe enrolar a tantos bucaneros como pueda, para poder así extender nuestro radio de acción. —Hizo una pausa y agregó—: No creáis que olvido la derrota de Ciudad de la Perla. Es mi propósito resarcirme de ella mientras se vende nuestro botín en La Martinica. Aparejaremos diez naves y partiremos hacia la isla de San Vicente. Os aseguro que vale la pena —prosiguió—. Allí encontraremos ropa y vino, víveres y armas, y sobre todo, mujeres.

En los ojos hundidos de los proscritos relució una mirada de codicia.

—Y la guarnición —concluyó el olonés— es muy pequeña.

* * *

Villon fué designado para partir hacia La Martinica. Cargó en una fragata con el botín cobrado y partió una mañana hacia Saint Pierrc. François

L'Olonais

preparó las diez naves con las que pensaba atacar la isla de San Vicente.

Eligió las dotaciones entre los bucaneros de Siguathey y los de las demás islas, formando un conjunto de tres mil hombres.

Los filibusteros, semidesnudos y los largos cabellos y las espesas barbas flotando al viento, descalzos, las cartucheras cruzadas sobre el torso desnudo o la camisa hecha girones y el arma al hombro, abandonaban los poblados, dirigiéndose hacia las embarcaciones.

El sol resplandecía en el cielo azul, arrancando destellos a los verdes bosques y al rutilante mar, sobre el que se balanceaban las diez fragatas.

Él olonés, desde el puente de la capitana, contempló las rocosas costas de Siguathey, el nido de buitres, desde el cual reanudaría su carrera de triunfos, que el Corsario Azul había interrumpido. Por entre las peñas asomaban las oscuras bocas de los cañones. Había organizado la defensa artillada de la isla para el caso de que fueran

atacados.

* * *

La guarnición intentó una defensa desesperada y que todos sabían inútil. Era muy reducida de número y no poseía presidio, guarneciéndole en una palanca^[2]. Con el fuego de sus arcabuces procuraban mantener a raya a los filibusteros, mientras la población civil se armaba, para tomar parte en la lucha.

Las fragatas bombardearon implacablemente la población, derribando edificios y matando a sus habitantes.

Luego, los piratas desembarcaron. Desde las lanchas saltaron a tierra y cargaron sobre la ciudad, blandiendo sus armas.

Los defensores dispararon sus arcabuces mientras pudieron, clareando con sus balas las filas enemigas. Pero la diferencia era muy grande y las hordas de proscritos cruzaron la playa, llegando al límite de la población. Entonces, los españoles empuñaron las espadas y las picas, disponiéndose a morir matando. Sabían todos que no podían esperar cuartel de los bucaneros, que todos iban a sucumbir y preferían que fuera luchando y librarse de ese modo de los tormentos a los que el olonés sometía a sus víctimas. También esperaban que la muerte les librara de ver cómo sus esposas y sus hijos eran raptados.

Los filibusteros rodearon al reducido grupo de españoles. Por un instante se les vio envueltos por la horda harapienta y feroz. Luego fueron arrollados por éstos.

Después, los bucaneros se dirigieron a la ciudad, dejando a sus espaldas los cadáveres de los defensores.

Todo orden y toda disciplina se hundió en aquel instante. Cada hombre se lanzó sobre una casa, hundiendo las puertas y quebrando las ventanas. Las rápidas pisadas de los hombres resonaban en toda la ciudad, sus jubilosos gritos de triunfo se alzaban sobre los disparos de las pistolas y los lamentos de los heridos.

Alguien sacó unos vocoyes de vino a las calles y los piratas saciaron su larga sed.

Otros bucaneros salían de las viviendas cargados con joyas y con dinero.

En los edificios, muchos de los cuales ardían a causa del bombardeo, estallaban gritos de mujer y llantos de niño.

Se veía a muchachas jóvenes que huían, perseguidas por los piratas. Algunas ancianas que intentaban defender a sus hijas cayeron cosidas a puñaladas. Niños que, sintiéndose prematuramente hombres, se alzan en defensa de su hogar, fueron muertos de un pistoletazo. Por todas partes las mujeres forcejeaban con los brutales bucaneros, quienes a golpes las empujaban hacia los barcos.

François sonreía, al contemplar su triunfo, que le quitaba la amargura de Ciudad de la Perla.

* * *

El olonés regresó a su refugio con un cargamento de víveres, dinero y cautivas y tres bergantines.

Su llegada a Siguatay se conmemoró con un banquete.

Las hogueras llameaban alegre mente mientras la carne se asaba. Sobre ellas, chisporroteando la grasa al caer sobre el fuego.

Los bucaneros devoraban las viandas adobadas con pimienta y limón, mientras vaciaban las botellas y las calabazas de vino.

El resplandor de las fogatas iluminaba a aquellos hombres salvajes y semidesnudos, con los semblantes desencajados por las pasiones y los ojos nublados por el alcohol.

Hacinadas junto a las chozas, las cautivas, maniatadas y con los vestidos rotos, contemplaban con terror a sus verdugos.

* * *

Unos días más tarde regresó Villon de La Martinica. Traía consigo las dos fragatas repletas de víveres, armas, municiones y aguardiente. Un buen número de desalmados se enrolaron bajo las banderas de rapiña del olonés.

La flota pirata de las Granadinas constaba de diecinueve buques.

CAPÍTULO VI

LA FLOTA DE BARLOVENTO

Pérez de Lerma llegó sin novedad a Santo Domingo.

El bergantín cruzó el mar con toda la rapidez que le permitía su velamen. Afortunadamente no hallaron ninguna embarcación bucanera y al cabo de algunos días de navegación llegaron a La Española. Mucho extraño a los oficiales del puerto de Santo Domingo ver al alférez, al que tan bien conocían vestido con ropas de marinero. Pero éste, sonriendo según su costumbre, atajó todas las preguntas diciendo:

—Debo ver al almirante.

Sin cambiarse de ropas se dirigió hacia la residencia de don Juan Francisco de Montemayor. Había comprobado con satisfacción que en el puerto se veían anclados los diez galeones y las dos fragatas de la flota de Barlovento.

Los centinelas del almirantazgo le cerraron el paso, pero Juan declaró:

—Alférez de los corsarios del Rey.

El oficial de guardia salió, al reconocer su voz, y quedó tan sorprendido como los del puerto. Pero ya el paso quedó libre para Pérez de Lerma.

Montemayor le recibió enseguida.

—¿Qué novedades ocurren por La Granada?

El alférez relató todo lo ocurrido y le entregó a continuación el mensaje de Villegas. Lo leyó el almirante y después preguntó:

—¿Se han comprobado estos informes?

Juan explicó:

—Se consultó a los marineros que conocían aquellas aguas y afirmaron que eran estas islas las más a propósito para refugiar filibusteros.

Don Juan Francisco agitó una campanilla y entró su secretario.

—Convocad una reunión de los capitanes para esta tarde.

* * *

En el amplio salón del almirantazgo, alrededor de una larga mesa, se reunían los capitanes de la flota de Barlovento.

Las paredes se veían cubiertas de mapas y de panoplias, con trofeos de guerra. Machetes y espadas francesas, mosquetes ingleses y alabardas holandesas. Descansando en sus astas las banderas enemigas capturadas en el mar, la negra con las tibias y las calaveras de «La Hermandad de la Costa», la flor de lis de Francia la bicolor de Holanda y la enseña británica.

Pérez de Lerma, aun con sus ropas de marinero, examinó a los hombres allí congregados. A la cabecera de la mesa, presidiendo la reunión, se encontraba Montemayor vestido de rojo como correspondía a un almirante. A ambos lados los doce capitanes de las naves. Eran enjutos y bronceados por los vientos del Océano, con los cabellos largos, que algunos mezclaban con hebras de plata y otros tenían completamente blanco, y los bigotes erizados. Lucían casacas negras, o coletos de ante, con el tahalí de cordobán cruzado sobre el pecho. Sus ojos poseían el fuego de aquellos que infinitas veces han arrostrado la muerte y sus rasgos eran enérgicos y decididos.

Montemayor comenzó a decir:

—Caballeros, el capitán Villegas me envía un mensaje, para anunciarme que ha localizado los campamentos piratas en el archipiélago de las Granadinas. Son la isla del Siguatay y los islotes de Tobaguilla y Caoba. Me dice que poseen mayor número de buques que nuestra flota, pero que cree que podremos limpiarlas de filibusteros. El alférez Pérez de Lerma les expondrá la situación con más claridad, ya que acaba de llegar de aquellas aguas.

Juan se puso en pie. Relató la defensa de Ciudad de la Perla y la derrota inflingida al olonés por su capitán. Añadió que la presencia de los bucaneros en aquel archipiélago amenazaba con cortar el tráfico entre el Virreynato de Bahía y la península.

Don Juan Francisco hizo una pausa y añadió:

—Os ruego, caballeros, que informéis de vuestro parecer y, según la antigüedad, digáis si debemos atacar o no.

Uno de los capitanes de cabellos blancos y tez curtida, exclamó:

—Hay que marchar a las Granadinas.

—Opino lo mismo.

—Opino lo mismo.

Cuando todos, de acuerdo siempre en cumplir con su deber, habían expresado su parecer, Montemayor dijo:

—Veo que todos estamos de acuerdo. Expulsaremos a los bucaneros de la isla de Siguathey^[3].

* * *

Un cañonazo estremeció la inquieta ciudad. De las tiendas y los talleres salían los voluntarios de la milicia, armados con sus picas y arcabuces, ajustándose los coseletes.

En las tabernas, los corsarios y los marineros empuñaron las espadas y los machetes, disponiéndose a repeler cualquier agresión.

En el palacio del gobierno, la guardia de arcabuceros, mandada por Felipe de Castro, se dispuso a intervenir, pero una señal dada en el presidio informó a los habitantes de Ciudad de la Perla que los buques que se acercaban eran amigos. Toda la población desembocó en el muelle. Para una ciudad como aquélla, cualquier acontecimiento era importante y la llegada de la Armada de Barlovento significaba el fin de sus pesares. No podían ser otra cosa las naves que se aproximaban a puerto. Desde el presidio informaron que eran embarcaciones españolas de guerra y todos confiaban en que se trataría del tan esperado socorro. Pero en el fondo, temían que fueran buques militares que pasaran por aquellas costas pertenecientes a otra de las flotas españolas en América.

Villegas, seguido por sus oficiales, se encaminó al puerto, cuando ya a simple vista se divisaban los diez galeones y las dos fragatas que, con las velas desplegadas, surcaban las aguas como naves de combate. Los corsarios, haciendo pantalla con las manos, fueron identificando los galeones. Aquél, que marchaba en cabeza, con una cruz roja pintada en las velas, era la capitana, donde viajaba el almirante. Aquel otro, que lucía la imagen de la Purísima sobre las velas, estaba al mando del capitán Cañadas, que en cierta

ocasión, destrozó cuatro navíos ingleses, y la fragata que navegaba más a la izquierda era la del capitán Ibarra, que era capaz de enderezar una herradura con las dos manos.

A pesar de todo, la multitud dudaba, puesto que era sabido que los corsarios eran gente fanfarrona y muy dada a las imaginaciones.

Pero, junto a las pesadas embarcaciones guerreras, pudieron ver a la ligera silueta del bergantín de maese Martínez. No cabía ya duda alguna. Era la flota de Barlovento que acudía en su auxilio. La muchedumbre prorrumpió en entusiastas vítores, agitando los sombreros en el aire.

Desde las naves respondieron a su saludo y al poco rato, toda la Armada fondeaba en el puerto de Ciudad de la Perla.

De la nave capitana partió una lancha que se dirigió al puerto. En ella se distinguía la figura vestida de rojo del almirante y de su alférez.

Montemayor subió al muelle con gran agilidad y respondió al saludo de Diego.

—Celebro mucho verle, capitán —exclamó—. Ya estamos juntos para limpiar estas aguas de bucaneros.

* * *

Una hora después paseaban por la ciudad los fuertes y agresivos marineros de las naves del Rey, luciendo sus chillonas ropas. Con la tizona rabitiesa y el bigote erizado, oliendo a pólvora y a muerte, cruzaban las calles, los arcabuceros, con sus coletos de ante y un girón de arco iris en las plumas del sombrero, y los piqueros, ostentando sus bruñidos coseletes y sus relucientes celadas.

En el palacio del gobernador se celebraba una reunión a la que asistían Montemayor, Villegas y los miembros del Cabildo.

El almirante decía:

—Quiero expresaros, caballeros, mi más cordial felicitación por la ayuda que a don Diego habéis prestado. Podéis sentirnos orgullosos de que el furor de los bucaneros se estrellara contra vuestros pechos y de que vuestras naves inflingieran una grave derrota a las fragatas del olonés. Mucho habéis sufrido por la crueldad de ese pirata y por la traición del corregidor Álvaro Guzmán. Pero la deshonor que podía caer sobre vosotros la habéis limpiado con vuestras espadas. Podéis alzar la cabeza con dignidad.

Sois dignos súbditos del Rey de España. Pero vuestras penalidades tocan a su fin. Con mi flota partiremos a limpiar esos nidos de buitres y, con el favor de Dios, lograremos nuestro objeto. —Hizo una pausa y prosiguió—. Mientras dure nuestra ausencia tomará el mando el caballero Vélez de Guevara en calidad de gobernador y de capitán a guerra. Durante el tiempo que permanezcamos fuera de la isla, la ciudad se considera en estado de sitio y la milicia continuará en pie.

—¿No será algo expuesto que os internéis en los peligrosos estrechos de las Granadinas? —preguntó el caballero Vélez de Guevara.

—Hablé con el patrón del bergantín que llevó el mensaje hasta Santo Domingo. Se ofreció a guiarme. ¿Qué juicio os merece maese Martínez?

El síndico de pescadores se levantó.

—Pocos marineros hay como él y nadie conoce tan bien estas aguas.

—Entonces queda decidido. Mi intención es dar un día de descanso a las tropas. Pariremos al amanecer.

* * *

Pérez de Lerma saltó a tierra, sintiendo que una inquieta alegría le embargaba el alma. Había regresado a Ciudad de la Perla, donde le esperaba María Luisa. Durante el viaje pensó mucho en la joven. Su amor había llegado muy hondo al corsario. Además, era muy distinta a las otras mujeres que habían figurado en la vida de Juan. Unas se habían borrado por completo de su memoria, otras, sin rostro ni nombre, no eran más que el complemento de una batalla, después de la que se albergó en la granja donde ella vivía, o un episodio del descanso en tal ciudad. Algunas vivían en su mente, como recuerdos de su agitada vida, pero ninguna logró apoderarse de su voluntad, quizá porque desearon doblegarle y ajustar su existencia al patrón que ellas deseaban.

Pero María Luisa era muy distinta. Pasado el primer instante en que su amor la hizo egoísta, deseando guardarle para sí, comprendió y bien que el deber le llamaba a realizar las empresas más difíciles a que le juzgaban oportuno sus jefes y un soldado jamás desobedecía la mujer con la que había soñado. La que él

necesitaba, para animarle a seguir adelante.

Sin cambiar sus ropas de hombre de mar, el alférez se encaminó al jardín, donde, según Diego, ella se encontraba.

Desde la escalinata lo examinó, buscando a su amada. La vio sentada en una silla.

—¡María Luisa!

Su voz rompió el silencio del parque. La muchacha se puso en pie al instante, buscando al corsario.

—¡Juan!

De cuatro zancadas el alférez bajó la escalera mientras la joven corría a su encuentro.

Se abrazaron con pasión, como si desearan recuperar los días que habían permanecido separados. María Luisa ocultó el semblante en el pecho de su amado y sollozó quedamente, al tiempo que Pérez de Lerma le acariciaba el cabello y le repetía al oído que la amaba.

Al fin la muchacha alzó su pálido semblante, surcado por las lágrimas, y sus labios se unieron. Luego, se miraron como si desearan convencerse de que eran ellos mismos.

Con gran sorpresa, Juan descubrió que el rostro de María Luisa se veía muy pálido y demacrado, y que sus hermosos ojos se veían circundados de profundas ojeras. A pesar de que intentaba sonreír, sus labios temblaban, como los de una persona muy débil que no pudiera resistir las emociones.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma? —preguntó, sabiendo que las fiebres allí eran muy corrientes.

La muchacha sonrió y negó con la cabeza.

—No me pasa nada —aseguró, pero las lágrimas que fluían a sus ojos probaban lo contrario. Hizo un esfuerzo y agregó—: ¡Por fin has vuelto! Desde que te marchaste no he dejado de rezar por ti. Sabía que nada te iba a ocurrir, pero tenía mucho miedo.

—Nada me puede ocurrir —exclamó el alférez con aire fanfarrón—. Aun no han construido el arma que me ha de matar.

—¡No digas eso! —suplicó ella con voz crispada, Juan la miró con asombro—. ¿Pero qué te ocurre? —¡No quiero que hables de tu muerte!

—Pero si he dicho que aun no habían construido el arma que a mí me podía matar. Además —agregó, acariciándola— esperándome tú nada malo me va a pasar.

Con un gemido de desesperación, María Luisa se estrechó contra él y unió su mejilla a la del alférez.

CAPÍTULO VII

LA DESPEDIDA

—Si algo te ocurriera me moriría.

—Pues no te morirás —aseguró él.

—Ahora ya no, porque tú estás a mi lado —dijo María Luisa—. No sé qué sería de mí si me faltaras. —Con un esfuerzo logró rehacerse y sonrió dichosa—. Ya nada me importa porque tú has vuelto a Ciudad de la Perla y nunca volveremos a separarnos. Bueno —agregó— durante el tiempo en que recobre mi libertad. Luego nos casaremos y nadie se interpondrá entre nosotros dos.

—Nadie, María Luisa —afirmó Juan—. De algo me ha de servir la experiencia en la guerra. Mi tizona protegerá nuestro amor.

—¡Señor alférez!

El joven se volvió para ver a Fajeda en lo' alto de la escalinata.

—¿Qué quieres?

—Don Diego os busca. —Ya voy.

El corsario se volvió a la muchacha.

—Espérame. Voy a ver qué quiere Diego y después a cambiarme. Alegrementé, el alférez se dirigió en busca del Corsario Azul.

—¿Me llamabas?

—Sí, Juan. Ten preparado tu equipaje. Zarpamos al amanecer. En los ojos de Pérez de Lerma se encendió una luz de alegría.

—¿Hacia Siguatey?

—Allí mismo.

—¿Con la flota?

—Exacto.

El aventurero lanzó una carcajada feroz.

—Ahora verá el olonés con quién debe habérselas. Nada más que con la flota de Barlovento y los corsarios del Rey. —Dé pronto quedó silencioso—. No le digas nada. Yo lo haré.

—¿A quién? —preguntó Villegas intrigado.

—A María Luisa.

Juan se encaminó a su habitación. Se sentía inquieto. Su primera alegría se trocó en tristeza al pensar en la joven. Sería para ella un nuevo dolor, que él no podía evitarle aunque no quiso provocarlo. Se cambió de ropa y bajó a cenar.

La cena fué triste. Tanto Villegas, como Ohando procuraron romper la tensión y Pérez de Lerma les ayudó en todo lo posible, pero María Luisa percibió que algo raro ocurría.

Una vez concluida la comida, el piloto y el capitán se retiraron pretextando' un trabajo urgente. Los dos enamorados salieron a la terraza desde la que se dominaba el mar, la ciudad y la campiña que la rodeaba.

La joven contempló el lugar donde brillaron las hogueras del olonés y sonrió.

—En ocasiones me parece mentira que hace un tiempo, muy poco, acamparon por aquí los bucaneros, y en otras ocasiones me hace el efecto que aun bloquean la ciudad.

Pérez de Lerma asintió.

—Los recuerdos de la guerra son extraños. A veces semejan muy lejanos y en ocasiones vuelven a nosotros persiguiéndonos con su realidad.

—Sea como fuere —agregó ella— esta terraza siempre gozará de mi cariño. Aquí nos besamos por segunda vez.

—Lo deseaba tanto que no lo creía posible.

María Luisa se acercó al corsario y le besó con pasión.

—No podría vivir sin ti, Juan. Te quiero demasiado.

—Yo también te quiero. Como a nadie.

—Entonces —continuó ella—, dime lo que sucede.

—¿Lo que sucede?

—Sí. Algo ocurre. Lo he notado durante la cena y quiero saberlo.

Pérez de Lerma la abrazó con fuerza y murmuró:

—Parto al amanecer.

Incluso en la obscuridad de la noche pudo ver cómo la desesperación agrandaba los ojos de la muchacha.

—¿Al amanecer? ¿Hacia dónde?

—Hacia la isla de Siguatey.

Un gemido se escapó de los labios de María Luisa. Luego quedó silenciosa. Por fin pudo decir:

—¿A luchar con los piratas?

—Sí.

Le dirigió una mirada como de locura, igual que si le viera morir. Después se estrechó contra él, al tiempo que gritaba:

—¡No, no! ¡Me moriré! ¡No vayas!

Juan la abrazó con fuerza y al rozarse sus mejillas, sintió la humedad de las lágrimas. Quiso consolarla, besándola y acariciándola, pero la muchacha no le prestó atención, limitándose a decir:

—¡No me dejes! ¡No me dejes! ¡Me moriré!

Apenado el alférez, la tomó por la barbilla, obligándola a resistir su mirada.

—Escúchame, María Luisa. No me marchó por mi gusto.

—¡Sí, sí! —gritó ella—. ¡Te has burlado de mí! ¡Nunca me has querido! Fué sólo un pasatiempo. Por esta razón quieres huirme.

Enfurecido por el injusto razonamiento, Juan la zarandó con fuerza hasta obligarla a callar. Entonces dijo:

—No está en mi voluntad marcharme o no. Soy un soldado y debo obedecer. Mi buque zarpa y no puedo faltar a mi puesto.

La joven le miró a través de sus lágrimas.

—¿Por qué siempre te han de exigir más que a los otros? —preguntó.

Pérez de Lerma la contempló extrañado.

—No te comprendo.

—Te nombraron gobernador en el momento de mayor peligro. Luego debiste ir a Santo Domingo. ¿Por qué no puedes quedarte a descansar?

—Lo haré cuando concluya esta expedición. Todos los corsarios descansaremos.

—Pero si vas a figurar por poco plazo en «El Antillano», ¿por qué no puedes quedarte aquí?

Pérez de Lerma tardó en hablar.

—¿Quién te ha dicho que pienso abandonar «El Antillano»?

María Luisa hizo un gesto de sorpresa.

—Creí que quedaba acordado que al casarnos iríamos a vivir a la corte.

—Pues te equivocas.

—No sabía que te gustasen tanto las Indias y que quisieras vivir aquí para siempre.

—Me quedaré aquí o iré a Flandes o a Italia o a cualquier parte donde un caballero pueda encontrar un buen empleo para su tizona. Pero yo no arrastraré mi capa entre los lechuguinos de la corte.

—¿Ni ese gusto quieres darme? —Sé dolió ella.

Pérez de Lerma se atusó el bigote y, tras una pausa, comenzó a decir:

—En cierta ocasión, Diego le explicó a un cortesano del séquito del Virrey de Nueva España por qué capitaneaba a los corsarios. — Se detuvo de nuevo y continuó—: «El Imperio Español», dijo, «es muy grande. Se extiende desde el Mediterráneo hasta el gran mar del sur^[4], incluyendo bajo su cetro a gentes de distintas razas, a quienes la corona mantiene unidas y a salvo de la esclavitud. Este vasto imperio tiene muchos enemigos. Enemigos de dentro y de fuera, que procuran hundirlo para siempre. En el exterior las naciones enemigas envidiosas de nuestra grandeza y de nuestro esplendor procuran aniquilarnos con sus ejércitos y sus marinas; en el interior, traidores que obedeciendo a su ambición se mueven al antojo de las embajadas para favorecer sus designios. Inglaterra y Francia principalmente no perderán ni una ocasión para arrasar la riqueza de España. Para defender este vasto imperio tan sólo hay un puñado de hombres, un grupo parte de los demás mortales. Son los aventureros, los “malas cabezas” y los desharrapados, que con sus tizonas y sus pechos cierran el paso a los enemigos en una batalla continua, en la que todo lo arriesgan sin esperar ganancia alguna. Estos hombres, que siempre están dispuestos al sacrificio, son los que mantienen bien alto el pabellón de España y la grandeza del Imperio». —Juan hizo una pausa y agregó—: Si esto cree y hace Diego, que de quererlo tendría un puesto prominente en la corte, ¿qué no haré yo que no soy más que un segundón de Castilla?

María Luisa se agitó inquieta.

—Comprendo —dijo— los generosos motivos que os mueven a

todos los soldados. Pero ¿por qué has de ser tú precisamente? Deja que lo hagan otros y...

—No —interrumpió el alférez con orgullo—. En el puesto que se elige ante el peligro se conoce el linaje y el temple de los hombres y si España tiene grandeza se lo debe a los aristócratas perturbados, como llaman a Diego los cobardes, los segundones como Mendoza y como yo, a los hidalgos de provincias como Martín, y a éstos a quienes califican de indeseables como Pedro Fajeda, como Menergas y como tantos y tantos.

Calló Juan y la joven le contempló en silencio. Luego se echó nuevamente en sus brazos y dijo dulcemente:

—Lo que tú quieras será, pero prométeme una cosa.

—¿Qué es?

—Que antes de partir te despedirás de mí.

* * *

La negra bóveda de la noche había dado paso a una claridad grisácea, que lentamente se iba difuminando. Del mar surgía un rojo disco que comenzaba a brillar con más fuerza, recortando ante los ojos de la ciudad la negra mole del presidio.

Sobre el firmamento que se encendía, se destacaban los mástiles de las naves. Hasta los fatigados centinelas de la fortaleza y el palacio del gobernador y hasta los pescadores que se disponían a hacerse a la mar, llegaban las voces de mando de los pilotos y los silbatos de los contramaestres. Las últimas lanchas que transportaban a los soldados a los galeones abandonaban el puerto y a la rojiza luz del amanecer relucían los cascos, los coseletes y las plumas de loo chambergos.

De una de las embarcaciones partía una canción acompañada y alegre. Eran corsarios.

La flota se disponía a zarpar.

Pérez de Lerma, vestido con sus elegantes ropas y envuelto en su blanca capa, se encaminó al jardín. Allí le esperaba María Luisa para despedirle. El alférez no sentía el júbilo que solía preceder a las expediciones guerreras. Algo le pesaba en el corazón como una losa. Nuevamente iba a separarse de la muchacha. No es que el hecho de dejarla le desanimase. No le alegraba, pero él era un soldado. Lo que más le dolía eran los sufrimientos de la joven que

ella no lograba dominar.

La grava del jardín crugió bajo sus botas, acompañando al rítmico tintineo de las espuelas. Buscó a su novia con la mirada y la vio junto a una columna, pálida e inmóvil como una estatua.

Se acercó el alférez a ella y la muchacha le tendió las manos con un lastimero ademán de súplica. Su semblante se veía contraído, como si la mordiera un hondo sufrimiento interno. Los ojos estaban húmedos y hundidos.

Juan la tomó en sus brazos, estrechándola con fuerza contra su corazón. Le sorprendió notar que la joven tiritaba como si la comiera la fiebre. El alférez la besó varias veces, repitiéndole que la amaba mucho, pero la muchacha no respondía, limitándose a mirarle con desesperación.

Pérez de Lerma se asustó. Parecía haber perdido el juicio.

—¡María Luisa! ¡María Luisa!

La muchacha se estremeció y dijo con voz débil:

—¿Qué quieres?

—Di algo. Me has asustado.

Como una niña enferma, murmuró:

—Tengo frío. He estado esperándote toda la noche.

Juan la estrechó con más fuerza contra su corazón, envolviéndola en la capa.

—Me marchó, María Luisa —exclamó—. Volveré pronto.

Ella le miró con ojos desorbitados y echándole los brazos al cuello, comenzó a besarle. Pasadas las primeras caricias, el alférez volvió a decir:

—Debo irme ya. Adiós, María Luisa.

La joven se apartó un tanto; clavó sus pupilas en el semblante del alférez, como si quisiera grabar en su memoria aquellos rasgos tan queridos. Luego, balbuceó:

—A... dios.

Sus párpados se cerraron, y cayó sin fuerza. Juan la sostuvo entre sus brazos. La muchacha se había desmayado. La alzó y subió la escalera hasta alcanzar la vivienda.

—¡Favor! —gritó—. La duquesa se ha desmayado.

Las dueñas acudieron a toda prisa y la transportaron hasta su lecho. El corsario permanecía a su lado. El, que tantas veces vio correr la sangre, se sentía asustado ante aquel desvanecimiento de

la muchacha.

—Señor alférez.

Pérez de Lerma se volvió. A su lado se veía a Pedro Fajeda.

—Dice don Diego que os apresuréis. Vamos a zarpar.

Una de las dueñas dio un cordial a la muchacha, que abrió los ojos y, quejumbrosa, se pasó la mano por la frente.

—No es nada —aseguró una de las sirvientas—. Podéis marcharos tranquilo.

CAPÍTULO VIII

RUMBO A LA AVENTURA

La flota de Barlovento cruzaba el mar, al que el sol arrancaba cegadores destellos.

Las naves de España se dirigían hacia las Granadinas en busca de François L'Olonais.

Sobre la cubierta superior de «El Antillano», Pérez de Lerma permanecía acodado en la borda, contemplando el mar azul. Hacía unas horas que se había separado de María Luisa y aun se sentía inquieto por su desmayo. ¿Qué podía haberle ocurrido?

Un corsario se acercó al joven.

—Señor alférez, el capitán os llama. Se encuentra en su cámara.

Juan se dirigió al alcázar de popa y entró en el camarote de Villegas. Encontró a éste fumando una larga pipa de porcelana. Al ver a su amigo salió a su encuentro.

—Pasa —exclamó, cerrando la puerta. Luego le indicó, su litera, que ocupó el alférez. Diego dio unos pasos por la habitación y comenzó—: Lo que te voy a decir, Juan, es a causa de mi amistad por ti. Nada tiene que ver con el servicio y piensa sobre todo que no es mi intención separarte de María Luisa. —Se detuvo y como viera que el alférez hacía ademán de hablar agregó—: No me interrumpas. Escúchame. Sé que quieres a esa muchacha y que tu intención es casarte con ella. Nada tengo que objetar a ello, pero sí debo explicarte algo. Me he enterado por Pedro que al despedirse de ti se desmayó. No es la primera vez que le ocurre. Cuando tú marchaste para Santo Domingo también cayó desvanecida.

Llamamos al físico. La reconoció y dijo que por una vez carecía de importancia. El lo atribuyó al esfuerzo efectuado para mantener el ánimo durante el asedio. Una de las dueñas consideró que era debido a tu marcha hacia una expedición peligrosa. Yo creo que fueron ambas cosas, pero principalmente la última. Ahora, que tú volvías a emprender otra expedición peligrosa, le ha ocurrido lo mismo. Tenlo en cuenta. María Luisa no puede soportar esta vida. Ella necesita paz y sosiego.

Pérez de Lerma hizo un ademán de estupor.

—Ella me dijo que de ser hombre sería soldado —exclamó.

—Pero es una mujer —le advirtió Villegas— y para las mujeres la vida del soldado no es otra que lucir plumas de muchos colores y una gran espada. Conocer tierras extrañas, en las que siempre son bien recibidos, pero nada saben de las agonías que preceden al combate, de la fatiga de las marchas y de las retiradas, del hambre, de la sed y de las heridas. Cuando María Luisa ha imaginado todo esto en una persona querida para ella, no ha podido resistirlo.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó Juan.

Villegas dio una chupada a su pipa y agregó:

—Te quedan dos salidas.

—¿Cuáles son?

—Una de ellas es casarte y abandonar el servicio.

Pérez de Lerma se puso en pie vivamente agitado.

—¿Abandonar el servicio? —repitió—. Dejar de ser un soldado del Rey, no conocer jamás la alegre camaradería de los campamentos, la borrachera de las batallas, ni el bárbaro placer de enfrentarse con la muerte. —Los ojos del joven se nublaron de tristeza—. Desertar de mi bandera y marchar a la corte. No puedo hacerlo. Quien ha conocido la guerra no puede olvidarla. Las armas atraen mucho. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Cuál es el otro camino?

Diego exhaló una bocanada de humo y respondió:

—Separarte de ella.

El alférez dio un paso atrás.

—¿Separarme de ella? Pero yo la quiero. No he querido a otra mujer.

El Corsario Azul se encogió de hombros.

—Si te casas con ella y sigues en el ejército la matarás.

—Llevo la carrera de las armas en la sangre —dijo Pérez de Lerma—. ¿Crees tú que...?

Diego alzó la mano para interrumpirle.

—No me pidas consejo, porque nadie puede dártelo. Debes decidirlo tú solo.

* * *

La flota avanzaba hacia las Granadinas. A corta distancia se alzaba los primeros islotes del archipiélago.

Apoyados en la borda, los tripulantes de las naves contemplaban las islas en las que el enemigo tenía sus guaridas.

Eran algunos promontorios rocosos que salían del mar. Otros eran mayores, con árboles y matorrales que llegaban hasta la playa. Sin embargo parecía imposible que allí pudiera habitar ningún ser humano.

Los soldados y marineros de la flota discutían estas posibilidades con incredulidad. Los corsarios no lo dudaban, puesto que lo habían visto.

Conforme la flota avanzaba se iba internando entre el archipiélago, las islas se hacían mayores y su vegetación era más frondosa.

Ya no parecía tan imposible que aquellos nidos de buitres fueran refugio de piratas.

De pronto, el vigía de «El Antillano», que navegaba en cabeza, gritó:

—¡Buques a la vista!

Hubo un revuelo en la cubierta. Se acercaba el momento de combatir.

—¿Cuántos son? —preguntó Vicente de Azogue.

El vigía tardó en responder, atento a contar las naves.

—Diecinueve. Avanzan en formación de combate y uno de ellos luce la bandera de «La Hermandad de la Costa».

Una salva de vítores acogió estas palabras. Había llegado el momento de combatir. Azogue partió a comunicar el suceso al capitán. Diego sonrió con fiereza.

—Zafarrancho de combate —ordenó.

El corneta se alzó en la cubierta superior y tocó llamada. Los pífanos y los atambores tocaban al arma.

A toda prisa, salieron los corsarios de las cámaras apresurándose a ocupar sus puestos.

Leyden y el sargento Castro distribuyeron a los arcabuceros. Pérez de Lerma y Mendoza formaron a los piqueros y alabarderos. Los marineros, con los machetes y las pistolas al cinto, se disponían a ejecutar las maniobras.

Por las cubiertas y el entrepuente corrían los artilleros, preparando los cañones y colocando barriles de pólvora y sacos de balas.

La noticia se transmitió a la capitana y, después, de nave en nave.

Los atambores y las cornetas de la flota tocaron al arma y los soldados y los artilleros ocuparon sus puestos, disponiéndose a comenzar la lucha.



—¡Buques a la vista!

En el puente, Montemayor examinaba al enemigo a través de su catalejo. Luego dio instrucciones a su ayudante.

Como resultado, la flota se alineó en forma de cuña y avanzó al encuentro del enemigo.

Las diecinueve naves piratas presentaban una barrera de cañones, dispuestas a cerrar el paso a los españoles. En cubierta

hormigueaban los bucaneros agitando machetes, picas y mosquetes y en la popa flameaba la bandera negra.

Ambas formaciones se aproximaron con rapidez. Las embarcaciones surcaban las aguas buscando la muerte. Los filibusteros gritaban cubriendo de improperios a los españoles. Éstos permanecían inmóviles en sus puestos esperando el momento de vengar las ofensas, «El Antillano» navegaba en cabeza, constituyendo el espolón de la cuña.

Llegó un instante en que los tripulantes de las dos flotas pudieron verse a simple vista. En una se distinguían rostros patibularios, de mejillas hundidas, espesa barba y ojos relucientes como los lobos. En la otra, semblantes cetrinos y enjutos, de rasgos enérgicos, bajo los chambergos y los cascos.

Diego gritó:

—¡Fuego, señores de la artillería!

Corrió la voz por las setenta bocas de fuego. Las mechas se aplicaron a las piezas, y el galeón se internó en medio de la formación enemiga, escupiendo granadas y metralla. Varios cañones cargados con cadenas y con tizones barrieron las cubiertas, desgarrando velas y arrancando mástiles.

Por la brecha abierta por los corsarios, se infiltró el resto de la flota. Las balas rojas atravesaban los cascos y la metralla segaba vidas enemigas. La brecha se fué agrandando, hasta que la escuadra bucanera se vio dividida en dos.

Entonces, los españoles les hicieron frente al enemigo.

A pesar de que los filibusteros eran casi el doble, la Armada Real tenía la superioridad de envergadura y de bocas de fuego. Además, existían muchas cuentas antiguas que era necesario ajustar.

Las dos mitades de la flota del olonés se vieron atacadas al mismo tiempo por las naves españolas, que giraron como puertas sobre sus goznes.

Los cañones comenzaron a rugir. En las aguas se reflejaron los fogonazos de las piezas. Las embarcaciones se vieron envueltas en espesas nubes de humo.

Apostados en la borda, arcabuceros y mosqueteros vaciaban sus armas sobre el enemigo.

Las dos primeras naves a las que bombardeó Villegas se encontraban en muy mala situación. Una de ellas hacía agua y se

hundía por momentos. Sus tripulantes arriaban las lanchas para huir del desastre.

Matholi los observó desde el entrepuente y dio órdenes a los artilleros de más confianza. Enfilaron éstos sus piezas y aplicaron las mechas. Las lanchas volaron hechas astillas y los bucaneros quedaron en el agua. Unos intentaron aferrarse a los restos del naufragio mientras los otros flotaban ensangrentados.

La otra nave se había incendiado y las llamas se extendían por el armazón de madera, venciendo los inútiles intentos que hacían los piratas para apagarlas.

La capitana se batía con dos fragatas enemigas. Uno de los oficiales observó que en una de ellas había colocado un barril en cubierta, del que los filibusteros se servían de pólvora. El español se acercó a una culebrina y apuntó cuidadosamente. Luego aplicó la mecha.

En la cubierta adversaria estalló el barril de pólvora, con un estruendo horroroso, despidiendo por los aires a los que se encontraban a su alrededor. La pólvora se inflamó, propalando el incendio por la cubierta.

El oficial gritó a los artilleros de la capitana:

—¡Cargad los tizones!

Una lluvia de carbones encendidos se desparramó por la fragata enemiga. Las llamas brotaron de las maderas, alcanzando los explosivos de los que se servían los artilleros.

Las dos fragatas reales cargaron sobre los bergantines piratas. Sobre uno de ellos concentraron todo su fuego, arrasando los mástiles y limpiando la cubierta de enemigos.

Luego se lanzaron sobre los dos bergantines que quedaban. Volaron los garfios y los cascos de las embarcaciones chocaron. Sobre el estruendo de la batalla resonó el antiguo grito de guerra, tan temido por todos:

—¡Santiago y cierra España! Soldados y marineros saltaron a los bergantines, acuchillando a los piratas sin piedad. El capitán Ibarra repartía mandobles sin cesar.

Acorralados en la popa, los filibusteros fueron sucumbiendo a la furia española.

La batalla continuaba en todo su apogeo. Los cañones rugían sin cesar, enviando andanada tras andanada.

Humeaban algunas fragatas y otras se hundían, formando remolinos en el agua. Un galeón ardía, convertido en flotante antorcha.

Los garfios habían volado y varias naves piratas eran abordadas por los españoles.

Villegas había capturado dos buques enemigos. Sus corsarios se desparramaron por la cubierta, abriéndose camino con sus armas. Acabaron con los filibusteros a cuchilladas, pistoletazos y a golpes de pica. Les clavaron contra las maderas, les decapitaron o les arrojaron por la borda.

Tres fragatas, a las que habían destrozado el timón o los mástiles, navegaban a la deriva, impulsadas por el mar.

Sobre las aguas flotaban restos humeantes de buques, lanchas desfondadas y cadáveres.

François

L'Olonais

luchaba desesperadamente. De sus diecinueve embarcaciones tan sólo quedaban ocho y aun éstas mal paradas. Comprendía que iban a destrozarle y que su única esperanza era apelar a la huida, fiando en la ligereza de sus naves.

El capitán Ibarra se lanzó sobre él, preparando los garfios de abordaje. Pero el filibustero arreció el fuego de sus cañones. La fragata española se tambaleó a efectos de los disparos. Luego cabeceó y, por fin, fué inclinándose hasta hundirse en el mar.

El olonés transmitió sus señales a los buques de su flota y, amparándose en la rapidez de las embarcaciones, los filibusteros emprendieron la fuga.

CAPÍTULO IX

TOBAGUILLA Y CAOUA

Una isla, de costas rocosas y frondosa vegetación, se recortaba sobre el cielo resplandeciente del Caribe.

La flota de Barlovento se detuvo a poca distancia. Maese Martínez informó al almirante:

—Ésa es la Tobaguilla.

Montemayor examinó la isla. Según los informes del traidor Guzmán, era uno de los refugios de los piratas.

La costa parecía inexpugnable y a primera vista nada se advertía que indicase la presencia humana en aquel lugar. Envío un mensaje a Villegas, explicándoselo. El corsario le respondió que iba a averiguarlo.

Comenzó a disparar sus cañones. Las granadas caían sobre la isla, derribando árboles y levantando columnas de polvo.

La presencia de los piratas no tardó mucho en advertirse. Se les vio correr por las rocas, preparando sus cañones.

El almirante sabía que la única manera de reducirlos, era desembarcando, pero la configuración del terreno hacía difícil esta operación.

Las bocas de fuego de la flota comenzaron a disparar sobre los piratas. Se vio cómo saltaban en el aire, despedazados por las granadas y cómo los cañones caían al mar.

«El Antillano» navegó alrededor de la isla, hasta encontrar una caleta protegida por los acantilados. En ella se balanceaban tres fragatas. Villegas dio sus órdenes y el galeón entró en aquel puerto natural.

Desde lo alto de los acantilados, los piratas bombardeaban la nave, pero las bocas de fuego respondieron al ataque. Mientras parte de los cañones disparaban sobre las baterías instaladas encima de las rocas, otros se dedicaban a hundir las embarcaciones.

Matholi había instruido bien a sus hombres. Muy pronto las fragatas se fueron a pique y las piezas situadas sobre las rocas saltaron destrozadas por los disparos de «El Antillano».

Entonces se dispuso el desembarco. Las lanchas, repletas de hombres, se arriaron y comenzaron a bogar hacia la playa.

De los bosques salieron grupos de filibusteros, armados de mosquetes, que comenzaron a disparar sobre las barcas, pero la artillería del galeón limpió muy pronto la playa. La metralla y las granadas barrieron a los grupos de enemigos, derribándoles por tierra y alzando chorros de arena. Al fin se refugiaron nuevamente en el bosque.

Las lanchas chocaron contra la arena y sus ocupantes saltaron a la playa. Diego blandió en el aire su tizona.

—¡Adelante! —gritó—. Verán ahora los piratas quiénes son los corsarios del Rey.

Con las armas hacia el enemigo, los aventureros del mar cruzaron la franja de arena en la que se hundían sus botas y se dirigieron hacia el bosque.

De la espesura partieron varios disparos. La tizona del Corsario Azul centelleó al ser agitada en el aire.

—¡Santiago y cierra España!

En tromba cargaron los corsarios, buscando al enemigo que se ocultaba entre la espesura.

Chocaron los dos adversarios. Las picas y las espadas buscaban cuerpos en los que hundirse. Los pistoletazos y los disparos de fusil resonaban en el bosque, dominando los gritos de los combatientes.

De todas partes llegaban nuevos grupos de filibusteros, avisados por el fragor de la lucha.

Por entre la maleza se batían españoles y bucaneros. Era un duelo personal entre los componentes de ambos bandos.

Diego repartía estocadas a diestro y siniestro. A su alrededor se forjaba un círculo de muerte, que se iba ensanchando. Junto a él, Fajeda descargaba golpes sin cesar.

Pérez de Lerma arremetía con furor contra los filibusteros,

buscando en la lucha un calmante para sus preocupaciones. Ohando, con su gigantesca figura, hendía cráneos como si fueran nueces.

Gustavus Leyden manejaba con soltura su descomunal espada de reitre.

En la feroz batalla, los bucaneros comenzaron a flaquear. Las brechas abiertas en sus formaciones eran demasiado grandes y pronto emprendieron la fuga, perdiéndose entre la maleza, perseguidos por los corsarios.

Divisó Villegas un arroyo junto al que se alzaba un poblado de bohíos. Era el campamento filibustero.

El capitán blandió de nuevo su espada. Los corsarios avanzaron con precaución, esperando a cada paso un ataque de los adversarios. Pero la aldea estaba abandonada. A nadie se veía en ella.

De pronto, una lluvia de balas cayó sobre los españoles. Se apresuraron éstos a ocultarse entre las chozas, buscando el lugar de donde partía el tiroteo.

El Tuerto lanzó un grito. Sus dos amigos, Menergas y el Extremeño, se acercaron a él con presteza.

—¿Te han herido?

—No. Pero fijaos dónde están esos demonios. ¡Se han subido a los árboles!

Ocultos entre las ramas, los filibusteros disparaban sus mosquetes y sus pistolas.

Diego se volvió a los arcabuceros.

—¡Abrid fuego contra ellos!

Al instante se alzaron los cañones de las armas de fuego, apuntando a la arboleda. Las detonaciones trepidaron en el silencio del bosque.

Mientras, los marineros se acercaron a rastras hasta los árboles y de pronto, con él machete entre los dientes, se encaramaron como monos. Acostumbrados a escalar por las vergas de las naves, aquello carecía de dificultad. Alcanzaron las copas de los árboles y cargaron contra los tiradores allí apostados.

Sosteniéndose en las ramas, batallaron con los filibusteros, descargando feroces golpes. Luego, descendieron, reuniéndose con sus compañeros y la columna se puso en marcha.

Colgados de los árboles y tendidos en el suelo, quedaban los cadáveres del enemigo.

Cruzaron el bosque y divisaron el mar, desde donde los galeones bombardeaban las defensas costeras.

El último núcleo de bucaneros se congregó allí, a las órdenes de un salvaje renegro, esquelético y semidesnudo.

La última batalla se iba a librar. Ni unos ni otros esperaban cuartel. Sabían los filibusteros que su última esperanza era morir matando, ya que vencer a los españoles era imposible.

Por un instante, ambas fuerzas se contemplaron, como midiendo sus posibilidades.

Luego se atacaron con furor. El choque fué brutal, como el de dos monstruos míticos. Las picas y las alabardas se hundían en las carnes del enemigo, al tiempo que los aceros y los arcabuces manejados por el cañón, rompían los cráneos y cercenaban los músculos. Entre el rugir de la lucha, restallaban, secos y jubilosos, los pistoletazos.

Diego se enfrentó con el esquelético jefe de los bucaneros. Bajo su débil apariencia escondía un nervio poco común. Esgrimía el machete con increíble rapidez, encendidos los ojos y los dientes apretados.

Villegas desvió los golpes. Su tizona paraba el acero contrario con una guardia férrea y serena. A su alrededor la batalla continuaba con todo su furor.

Villegas paró el arma de su rival y se colocó a la ofensiva. Comenzó a atacar con furia, amenazando a cada instante el cuerpo de su rival. De pronto, la punta de su tizona le rasgó la mejilla. Nadie en el Caribe ignoraba lo que esto representaba, y el filibusteros, enloquecido por la certeza de la muerte, se lanzó sobre el capitán, clavándose él mismo en su espada.

Diego se volvió a tiempo para parar un golpe y matar a otro rival.

La batalla decrecía en intensidad. Los últimos grupos de filibusteros caían bajo los golpes de los españoles.

Los servidores de los cañones costeros eran atacados por los corsarios, que sañudamente los acuchillaban. No había perdón ni cuartel. En la mente de todos estaban las atrocidades cometidas por el olonés y sus hombres.

El fuego de los galeones había cesado y las naves se acercaban a la isla que Villegas había limpiado de piratas.

* * *

La flota continuó su marcha a través del archipiélago. Cruzaban ante innumerables islas e islotes, que aparecían como rocas cubiertas de verdor. Nada indicaba que en aquellos escollos gigantescos se ocultaran hombres, pero Montemayor no ignoraba que en muchos de ellos se albergaban espías del olonés, que sin tardar le avisarían. El almirante tenía la certeza de que los bucaneros se encontraban demasiado abatidos para enfrentarse con él y en caso de que así fuera esto no resultaría más que un beneficio, pues si derrotó a los filibusteros cuando su flota se encontraba intacta, más fácil sería la victoria en aquellos momentos en que había perdido gran parte de sus efectivos.

Continuaron la navegación, en busca de la isla Caoba.

Al fin lograron distinguirla, rodeada por unas cadenas de arrecifes.

Recibía este nombre ya que abundaban mucho los árboles de caoba.

Las costas semejabán más asequibles que en la Tobaguilla. Se divisaban amplias playas, donde podían atracar las lanchas de desembarco. Pero las rocas que faltaban en la costa, parecían haberse alzado en el interior, ya que la tierra se veía erizada de peñascos.

La dificultad mayor residía en cruzar los escollos y los arrecifes que protegían la Caoba como un fortín que la Naturaleza hubiera creado para proteger a los piratas. En la isla los bucaneros se sentían seguros, ya que todo el que intentara atacarles sin conocer los pasos a través de las murallas subterráneas de escollos naufragaría irremisiblemente. A un bloqueo no le temían los filibusteros, puesto que tenían cañones y pólvora suficientes para responder a los bombardeos y víveres en abundancia para resistir el cerco. Por esta causa la presencia de la escuadra no causó mucha conmoción.

Pero a bordo de la capitana se encontraba maese Martínez, que era uno de los pilotos que mejor conocían aquellas aguas y el viejo patrón se dispuso a guiar a toda la flota a través de las peligrosas

rocas que asomaban a flor de agua.

Montemayor formó las naves en fila india y ordenó que avanzasen de esta guisa, siguiéndole en todo lo que hacía.

Inició la marcha la capitana y bajo el consejo de maese Martínez se internaron en las barreras de escollos, cuyas afiladas aristas abrían, como cuchillas, los cascos de los buques.

Cualquier descuido podía hacer fracasar la expedición, enviando al fondo de las aguas, a la flota de Barlovento.

Pero el anciano piloto, con vista segura, guió a través del peligro a las naves del Rey.

Llegaron por fin ante las costas de la Caoba. Nada se veía en ellas que indicase que se ocultaban proscritos. La isla no ofrecía defensas naturales y seguramente los filibusteros habían decidido aguardar a los españoles en el interior, obligándoles a desembarcar y que de este modo perdieran las ventajas que les daban los galeones.

Montemayor envió mensajes a sus capitanes. La mitad de la fuerza desembarcaría, para batir a los piratas, y el resto de las naves costearían, evitando cualquier huida o intento de ayuda por parte del olonés.

Villegas tomaría el mando de la fuerza de desembarco, ya que, al re unir bajo su bandera a quinientos corsarios, tenía el nombramiento de cabo de tropas^[5].

En perfecto orden, las lanchas se dirigieron hacia la playa y con rapidez saltaron los hombres sobre la arena, mientras tres galeones a las órdenes del capitán Cañadas patrullaban alrededor de la isla.

Descubrieron a cuatro fragatas, fondeadas al abrigo de unas rocas y las naves del Rey abrieron un nutrido fuego. Las solitarias embarcaciones saltaban hechas astillas, mientras en la playa cercana agitaban los brazos con desesperación varios grupos de filibusteros.

CAPÍTULO X

LA CAOBA

Diego dio orden de formar.

Rápidamente se alinearon en la playa las compañías, mientras los erguidos oficiales, cubiertos por las brillantes corazas y los emplumados cascos, y los sargentos, armados de alabardas, daban las voces de mando.

La columna presentaba un vistoso conjunto. Los arcabuceros, con el empenachado chambergo, el colete de ante y las cartucheras cruzadas sobre el pecho, enfilaban el arma hacia el enemigo. Los piqueros, con la celada y el coselete brillando al sol, apoyaban la pica al hombro con ademán fanfarrón. Los semblantes enjutos revelaban decisión y valor.

Junto a ellos, los corsarios, bronceados y curtidos, con las ropas chillonas y la cabeza cubierta por prendas dispares, el arma dispuesta y la sonrisa en los labios, semejaban una hueste salvaje y extraña. Eran tropas distintas, en su aire se reflejaba la condición y el orgullo de los «malas cabezas». Ohando y sus oficiales aparecían en mangas de camisa, sin ninguna prenda pesada que les estorbara en la lucha.

Al costado de todos los combatientes pendía la espada o el machete. El arma con la que se abrían camino en los instantes de peligro.

A pesar de la diferencia que mediaba entre ellos, soldados y corsarios no parecían odiarse. Se miraban con afectuosa burla, ansiosos de demostrar en el combate quiénes eran mejores.

Villegas se colocó al frente de la columna. Su semblante moreno,

enmarcado por sus cabellos negros, resaltaba sobre la blanca camisa. Las botas altas le daban un aspecto de resistencia y marcialidad. En el ancho cinturón ostentaba dos pistolas, la tizona pendía del tahalí que le cruzaba el hercúleo pecho y el amplio chambergo aparecía torcido sobre la frente. Nadie dudaba de que era el jefe de la expedición y todos los luchadores se sentían electrizados por su aire resuelto y alegre.

Desenvainó la tizona e hizo un ademán, que arrancó un destello de la hoja acerada. La columna se puso en marcha y cruzó la playa, bamboleándose los hombres al hundirse los pies en la arena.

El bosque de caobos se acercaba lentamente. Nada rompía la quietud de la isla más que el batir de las olas contra la costa, el viento que silbaba entre los árboles y algunos pájaros que cantaban en las copas de los árboles. Nadie hubiera creído que aquella isla, tranquila al parecer, iba a ser escenario de una cruenta lucha.

De improviso se oyó el estruendo de unos cañonazos. La columna se detuvo un instante y luego continuó la marcha.

Entraron los españoles en el bosque y avanzaron a través de los árboles, buscando en vano al enemigo. Éste parecía haberse esfumado. Por ninguna parte se veía rastros de hombres y, sin embargo, el estruendo de la artillería indicaba que en alguna parte se luchaba.

Dominando su nerviosismo, corsarios y soldados continuaron avanzando. Bien aleccionados en la Tobaguilla examinaban las copas de los árboles, buscando tiradores apostados entre las ramas.

De no ser por los disparos de la artillería, que ya habían cesado, hubieran creído que se encontraban en un lugar desierto.

Con los arcabuces montados, las picas y las alabardas dispuestas para entrar en acción y las espadas desnudas, continuaron su avance los españoles.

De pronto, Ohando se acercó al Corsario Azul.

—Mira hacia allí, Diego.

Obedeció Villegas y vio un montículo rocoso en el que ondeaba la bandera negra de «La Hermandad de la Costa». Forzando la vista, logró divisar a los bucaneros apostados entre las peñas, apuntando sus arcabuces hacia la columna. Varias bocas de cañón asomaban, negras y amenazadoras, entre los riscos.

El aventurero comprendió lo que había ocurrido. Los filibusteros

se habían agrupado en aquella fortaleza natural, para defenderse de los ataques españoles, pues no querían sufrir la misma suerte que sus compañeros de la Tobaguilla, que cayeron en campo abierto. Su única esperanza era que las cargas de los asaltantes se estrellaran contra el montículo de peñas y el almirante desistiera de ocupar la isla y retirara las tropas. Era un plan suicida, pero más suicidas eran los españoles.

Villegas detuvo el avance de sus hombres y les ordenó que se refugiasen tras los árboles y las peñas.

Los arcabuceros dispusieron las armas para comenzar el fuego.

Diego examinó la posición del enemigo y calculó sus posibilidades de triunfo.

Los mosquetes y las bocas de los cañones abrirían un fuego mortal sobre sus soldados, pero tan sólo una carga furiosa les reduciría. Como primera medida ordenó a los corsarios armados de arcabuces que se encaramaran en los árboles y desde allí, siguiendo el ejemplo de la Tobaguilla, abriesen fuego sobre los piratas. Obedecieron sus hombres con rapidez y, desde su puesto, comenzaron a vomitar plomo sobre los bucaneros.

Éstos oprimieron los gatillos y dispararon sobre los atacantes. Acercaron las mechas a los cañones y una descarga de metralla se esparció por el bosque, cortando el aire e incrustándose en los árboles.

Las detonaciones habían convertido la plácida isla en un infierno de truenos y de resplandores.

Se vio cómo los bucaneros se agazapaban tras los parapetos, para protegerse de los arcabuzazos.

Villegas dio instrucciones a los capitanes. La columna se puso en marcha, arrastrándose a través de la maleza. Pegados a la tierra, con el arma entre los brazos, se acercaron a la fortaleza de peñas.

Lentamente el montículo se fué agrandando. Se distinguieron con claridad los semblantes de los filibusteros y sus pulimentadas armas.

Los soldados se detenían tan sólo para disparar sus arcabuces y desde las copas de los árboles continuaba la lluvia de plomo.

Las granadas, la metralla y las balas de mosquete de los bucaneros caían entre las filas de los asaltantes, con un desgarrado silbido.

Diego se puso en pie, blandiendo la tizona. La corneta vibró al ordenar el ataque. De la tierra brotaron los pífanos y los atambores tocando el paso de carga. Al instante se pusieron en pie los españoles, encarando sus armas al enemigo.

—¡Santiago y cierra España!

La columna se puso en movimiento. Al principio en ordenadas hileras, siguiendo al compás de los atambores. Se hizo más rápido el ritmo de éstos, incitando a los hombres a avivar al paso. A grandes zancadas alcanzaban los hombres el montículo. Los estampidos se sucedían, el humo de la pólvora envolvía a los luchadores y las granadas, al caer, alzaban nubes de polvo.

Los atambores batieron con más rapidez, hasta convertirse en un redoble enloquecedor.

Un grito partió de la columna:

—¡Santiago! ¡Santiago! Luego, otro más feroz: —¡España! ¡España!

Su rápida marcha se convirtió en una carrera desenfrenada hasta alcanzar la fortaleza natural. Despreciando a la muerte, que partía de las bocas de fuego, escalaron las peñas, blandiendo las armas en el aire.

Se recortó sobre los parapetos la silueta musculosa del Corsario Azul fe tras él siguieron todos, soldados y aventureros.

Los corsarios acostados en los árboles descendieron a toda prisa, corriendo a sumarse a los asaltantes.

Los españoles cayeron en el interior de la fortaleza, lanzando gritos de furor.

A estocadas, botes de lanza, pistoletazos y arcabuzazos derribaban a los filibusteros que, estérilmente, intentaban defender sus vidas.

Fajeda enarboló su espada de soldado, se abrió paso hacia la bandera. En el semblante del catalán resplandecía una sonrisa de fiera alegría. La vida era muy bella. Abatió de un tajo a un pirata pelirrojo y arrancó el estandarte de «La Hermandad de la Costa». Luego lo blandió triunfalmente, mientras sus compañeros acuchillaban sin piedad a los piratas.

* * *

La flota de Barlovento continuaba su marcha victoriosa a través

de las Granadinas. Al paso de la Armada Real los mares quedaban limpios de bucaneros y abiertos nuevamente para el comercio y la civilización.

Tan sólo quedaba por ocupar la Isla de Siguathey, donde se encontraba el núcleo más importante de bucaneros y donde acampaba François

L'Olonais,

uno de los capitanes más atrevidos de «La Hermandad de la Costa».

Comprendía que sería, de todas, la empresa más arriesgada, pero sin conquistar aquel nido de buitres no lograría pacificar las Granadinas.

Las naves continuaron su navegación a través de los islotes y los escollos.

La oscura silueta de la isla de Siguathey se alzaba ya sobre el mar, recortando sus picachos y sus rocosas costas sobre el horizonte azul.

Desde las embarcaciones, los españoles contemplaban aquellos acantilados que debían conquistar. No se veía ni una playa, ni una ensenada en la que pudiera efectuarse el desembarco.

La flota se extendió a lo largo de la costa. En algún lugar, ocultaba sus buques el olonés y aquél sería el lugar más a propósito para asaltar la isla.

Comenzaron a acercarse a la costa, buscando un punto débil por el que poder atacar. Partieron unas descargas de artillería. Las rocas se cubrieron de humo, mientras las baterías escupían granadas y metralla sobre los buques españoles.

Por toda la costa, bien ocultos entre la maleza y las rocas, se abrían las bocas de fuego de los filibusteros, formando barreras de muerte que impedían el paso a las naves del Rey.

Montemayor dio orden de retirarte. Sus piezas no podían destrozar las enemigas, ocultas entre las peñas del acantilado. Además, hubiera resultado inútil un intento que arriesgaba la vida de sus subordinados, cuando aun no habían hallado un lugar para hacer el desembarco.

A salvo de los cañones piratas, don Juan Francisco celebró una conferencia con sus capitanes.

En el alcázar de popa, se reunieron los jefes de las naves. El almirante les expuso la situación.

—Hemos llegado —dijo— a la última parte de nuestra empresa, pero también a la más difícil. Es la isla de Siguathey el baluarte de más importancia que los piratas poseen. Es imprescindible que los expulsemos de ella. Debido a la configuración de las costas de Siguathey es imposible intentar un desembarco, sin haber antes desalojado parte de los cañones que nos hostilizan desde los acantilados. Es inútil que bloqueemos a los piratas, ya que éstos poseen víveres en abundancia y resistirían más tiempo que nosotros. —Hizo una pausa y agregó—: Si alguien tiene un plan puede exponerlo. Los capitanes se consultaron en silencio, pero ninguno habló. Villegas preguntó al fin:

—¿Creéis, caballeros, que si se suprimiesen los cañones de un sector, la infantería podría escalar los acantilados?

El capitán Cañadas inquirió a su vez.

—Cosas más difíciles ha hecho la infantería española.

—Bien —continuó Diego—. En este caso pido permiso al almirante para intentar la captura de una de las baterías.

—¿Qué ventaja representará para la flota? —indagó don Juan Francisco.

—Que se abrirá una puerta para su entrada en la isla. Al anochecer yo intentaré el asalto. Si triunfo, dispararé tres cañonazos seguidos y tras un intervalo, dos más. Entonces la infantería, en lanchas, se dirigirá a tierra, en la misma dirección que yo seguí. Allí encontrarán escalas de cuerda, pero es preciso que todo el que pueda, suba por los acantilados. La rapidez y la audacia es lo único que pueden darnos la victoria.

CAPÍTULO XI

SIGUATEY

La noche caía lentamente sobre la tierra. Una espesa niebla comenzaba a extenderse sobre el mar, cerrando los contornos y difuminando las figuras.

Desde la isla, los bucaneros que servían las piezas, contemplaban los galeones anclados a cierta distancia y que lentamente iban quedando ocultos a su mirada.

La noche venía a representar un descanso. No era fácil que intentaran los españoles un ataque nocturno, aunque más valía no dormirse, porque de aquellos diablos morenos todo podía esperarse.

Aunque la obscuridad era cada vez mayor, los filibusteros pudieron distinguir unas lanchas de desembarco que, cargadas de hombres, avanzaban hacia la costa.

Intentaban el asalto, protegidos por las sombras de la noche. Los piratas sonrieron burlonamente. Habían creído que podrían burlarles, pero a artimaña era demasiado burda.

Afortunadamente, los cañones estaban cargados y en cuanto quisieran podrían hundir las barcas, cargadas de soldados españoles.

Gozando anticipadamente de la muerte de todos los asaltantes, los filibusteros aguardaron a que las embarcaciones se fueran acercando. Luego aplicaron la mecha al cañón.

El estampido venció el rugido del oleaje, que furiosamente golpeaba contra los acantilados.

La granada cayó a poca distancia de la primera embarcación. Ésta volcó, despidiendo por el aire a todos sus ocupantes. Entre

cruelles risotadas, los filibusteros fueron disparando contra las lanchas. El mortal efecto de sus cañonazos sorprendió a los propios artilleros, quienes debido a la bruma dudaban de poder hundir tan fácilmente las barcas españolas.

Pronto tan sólo quedaron las embarcaciones, boca abajo, con las que la marea jugaba, como si fueran corchos, empujándolas lentamente hacia las rocas.

Ningún cañonazo volvió a romper la quietud del anochecer. Primero, se oía un bramido, anunciador de una ola que iba a descargar sobre los acantilados, luego, un fuerte golpe y por último un sordo silbato que parecía ir a engullirse toda la tierra.

A merced de la marea, las volcadas lanchas acabarían por destrozarse contra las rocas.

Los bucaneros se tendieron junto a las baterías, fumando sus pipas y bebiendo largos tragos de ron.

Bajo una de las lanchas, sosteniéndose en los bancos, Diego se volvió a sus hombres:

—Seguid adelante. Ya falta poco.

La artimaña había surtido efecto. Cuando comenzaron a disparar, volcaron las embarcaciones, simulando que las habían hundido y se ocultaron bajo ellas. Iban los corsarios, vestidos tan sólo con un pantalón, arrollado hasta el muslo, y sin más armas que la espada y algunos el puñal.

Habiendo engañado a los bucaneros, avanzaron hasta la costa, sin que su presencia fuera advertida.

Las volcadas lanchas avanzaron hacia los acantilados, como si la marea las empujara. El bramido de las olas era cada vez más furioso. Se encontraban ya muy cerca.

Diego salió de su capucha de madera y, luchando contra el furioso oleaje, se acercó a la muralla de piedra cortada a pico. Se aferró a los salientes con fuerza y comenzó a escalar. Sus músculos se movían con precisión y los pies húmedos se apoyaban en las grietas de las rocas. El agua chorreaba por su cuerpo desnudo y del pañuelo que le envolvía la cabeza se escapaban lacios mechones de cabello mojado.

Tras el capitán, ascendió la hueste de corsarios semidesnudos, bronceados y musculosos. A su paso dejaban una estela de agua, que chorreaba por las rocas.

En una escalada lenta y trabajosa, en la que a cada instante un paso en falso, un descuido o un resbalón podía despeñarles y dar al traste con la empresa.

Al fin alcanzaron la cúspide del acantilado. Villegas quedó inmóvil, colgado de las rocas. A su lado, varios corsarios se pegaban a la pared. Nada se oía. De cuando en cuando, el ronquido de un pirata dormido. El capitán sonrió e hizo una seña a sus hombres. Al unísono, empuñaron las espadas y saltaron hacia lo alto del parapeto.

Los adormecidos centinelas casi no llegaron a despertarse.

Con rapidez, la tripulación de «El Antillano» se reunió a su jefe. Como sombras trágicas, los corsarios se extendieron por el bosque. Apresuradamente recogieron las armas de fuego de los bucaneros. Se apostaron entre los árboles para evitar cualquier sorpresa y aguardaron pacientemente, protegiendo el desembarco.

Diego se acercó a las dos piezas colocadas sobre la batería y las examinó. Estaban cargadas. Fajeda tomó una mecha y la aplicó a uno de los cañones. El estampido removi6 el aire de la noche. Mientras el catalán se acercaba a la otra pieza, varios corsarios estaban cargando la primera.

Sonaron los dos disparos tras una breve pausa. Luego se oyeron otros dos.

Villegas examinó las luces de los galeones que se balanceaban en la lejanía.

* * *

Montemayor escuchó las descargas que partían de la isla. Era la señal.

—¡Que comience el desembarco!

La orden se transmitió de buque en buque. Se oyeron las voces de mando de los oficiales, chirriaron las poleas y las lanchas repletas de arcabuceros y piqueros fueron arriadas hasta tocar al mar. En una de ellas embarcó don Juan Francisco, almirante de la flota de Barlovento.

Las embarcaciones navegaron lentamente hacia la costa, siguiendo la misma dirección que los corsarios.

* * *

Vülön se agitó con disgusto. Las detonaciones le inquietaban, cuando no precedían a una batalla. Entonces eran música para sus oídos. Le agradaba verter sangre humana y nunca hallaba tantas ocasiones de hacerlo como en un combate.

Con voz agria llamó a uno de sus subordinados y le ordenó:

—Ve a ver qué les ocurre a esos locos. Pregúntales si están celebrando alguna fiesta.

El bucanero asintió y se puso en marcha. Tranquilamente cruzó el bosque, marchando hacia la posición indicada. El tampoco comprendía a qué podían obedecer las salvas de artillería. Los galeones se encontraban a mucha distancia de la costa y no intentarían otro desembarco, después del último fracaso.

De pronto algo le golpeó en la cabeza. Fué como si todo el firmamento se desplomase sobre su cráneo y el filibustero cayó en tierra.

Menergas y el Tuerto lo examinaron con curiosidad.

—Me parece que le has matado —dijo el primero—. No debiste golpearle tan fuerte.

El otro se encogió de hombros.

—Llevémosle ante el capitán.

Los dos corsarios cargaron con el bucanero y le trasladaron hasta, el lugar donde aguardaba Villegas.

—Le hemos capturado.

Diego miró al caído.

—Reforzad las guardias. Es posible que teman algo.

Los dos amigos saludaron, regresando a sus puestos.

Las lanchas de desembarco se acercaban ya a los acantilados.

Un centinela, colocado para avisar de su presencia, lo comunicó a Diego. Al instante lanzaron unas escalas de cuerda y por ellas y por las rocas del muro ascendieron los soldados de España. Repartieron entre los corsarios picas y arcabuces y, luego, aguardaron la llegada del nuevo día para iniciar la batalla.

* * *

Villon se extrañó de que su emisario no regresara. Para que averiguaran las causas de su tardanza envió a dos bucaneros.

—Traédmelo amarrado porque le voy a azotar —indicó con una sonrisa cruel.

Los dos piratas avanzaron por el bosque, pero no marchaban con el mismo descuido que su compañero. Su instinto les avisaba del peligro y marchaban con las pistolas amartilladas.

De improviso dos sombras saltaron sobre ellos y les atacaron con las alabardas. Dispararon los bucaneros, hiriendo a uno de los asaltantes y echaron a correr, gritando:

—¡Los españoles! ¡Los españoles!

Los arcabuzazos resonaban a su espalda y las balas silbaban sobre su cabeza, pero los dos proscritos lograron huir, amparándose en la noche.

Villon palideció al enterarse de lo ocurrido. A toda prisa levantó el campo y corrió a comunicar la noticia al olonés.

Por toda la isla se alzó un revuelo de temor y de presagios de represalia.

¡Los españoles habían logrado desembarcar!

* * *

El sol se filtraba a través de las ramas de los árboles. Los dorados rayos iluminaban la tierra, despertando el ansia de vida. La hierba y la maleza adquirirían de nuevo un tono de frescura y de esplendor, mientras los hombres que la ocupaban se disponían a matar.

La columna española, a las órdenes de Montemayor, avanzaba por la espesura, buscando al enemigo.

Las armas relucían al sol, los cascos y las corazas despedían cegadores destellos y los penachos de los chambergos semejaban girones de la naturaleza tropical.

En vanguardia, los corsarios, vestidos únicamente con los pantalones arremangados hasta el muslo, con el torso desnudo, cruzado por las cartucheras, y la cabeza envuelta en pañuelos multicolores, formaban un grupo bárbaro y salvaje.

Se desplegaron por el bosque tras la bandera de España, que tremolaba el ayudante de Montemayor.

Al llegar a los linderos del bosque, los alabarderos, que actuaban de avanzadilla, informaron que en el otro extremo de la sabana que allí se extendía, se concentraba un numeroso contingente de

bucaneros.

La columna española salió del bosque y formó en orden de batalla. Luego avanzó enfilando las armas hacia el enemigo que, sin orden alguno, se agrupaba bajo el pabellón pirata.

Ambas fuerzas marcharon por la sabana, la una al encuentro de la otra. Con acompasado paso, avanzaban los españoles; desordenadamente, los bucaneros.

Las cornetas vibraron en el aire claro, tocando ataque y la atmósfera se tiñó de los rojos estampidos de la pólvora. En perfecto orden, los arcabuceros se detenían para vaciar sus armas; los mosqueteros hacían fuego sin detenerse.

El crepitar de los disparos rompía el silencio de la isla.

Las fuerzas se aproximaban nuevamente. Los luchadores de ambos bandos distinguían a simple vista los semblantes de sus enemigos. La tensión del combate dominaba a los soldados y bucaneros. De un momento a otro comenzaría la lucha, pero hasta entonces no les abandonaría el nerviosismo.

Nuevamente sonaron las cornetas. Como si hubiera sido una señal, ambos bandos se lanzaron a la carga. Un grito de salvaje júbilo se escapó de todos los pechos y los enemigos se atacaron con furor.

Los corsarios, que marchaban en cabeza, embistieron contra el adversario.

Antes de que se produjera, el choque, se alzó la consigna.

—¡Santiago y cierra España!

Saltaron hacia adelante los piqueros, orgullosos de manejar el arma que daba el triunfo a los ejércitos del rey, y la lucha comenzó.

Las picas y los aceros contendían la con furor. Los arcabuceros seguían disparando sin descansar ni un instante.

Sobre el rugido de la batalla se alzaban los gritos de los luchadores y los lamentos de los heridos, que en el suelo intentaban apartarse del escenario de la batalla, para no ser pisoteados por los combatientes. Diego se abrió paso a estocadas, a través de las filas de bucaneros. Su tizona centelleaba en el aire, batiendo enemigos.

A su lado, Fajeda descargaba tajos contra los filibusteros, cortando músculos, hendiendo cráneos. Alrededor, la batalla

continuaba, Villegas se enfrentó con Villon.

El afeminado bucanero no conocía el miedo. Los aceros se cruzaban como dos serpientes de fuego. La tizona detenía al florete y amenazaba constantemente la vida del francés. Éste, sonriendo cruelmente, procuraba matar al capitán. De pronto la espada del Corsario Azul rasgó la mejilla de Villon. Éste lanzó un grito de terror y se llevó la mano a la herida. Luego, la retiró cubierta de sangre, de su sangre. El pirata palideció al tiempo que caía atravesado de una estócalo da al corazón.

Los españoles arremetían con furia contra los filibusteros. Los enjutos semblantes cetrinos se iluminaban de salvaje alegría al cargar.

Las picas, cubiertas de sangre, se hendían en los cuerpos adversarios. Lentamente fueron arrollando a las hordas del olonés.

Por la sabana, retrocedían los franceses empujados por las picas y las tizonas de España, dejando a su paso un reguero de heridos y de muertos.

François hacía esfuerzos sobrehumanos para mantener el ánimo de sus hombres. A su alrededor, formaba con su florete un terrible círculo de muerte.

Ohando abatía con su espada a los enemigos, abriéndose camino por entre sus filas, seguido de los alabarderos que trazaban un camino de sangre a través de las hileras de piratas.

Pérez de Lerma esgrimía con ferocidad, acercándose a la bandera negra. Sus ojos relucían y una alegre sonrisa se dibujaba en su semblante. El abanderado enemigo le presentó el acero y Juan cargó con ferocidad. Las dos armas chocaron. El español le dirigió una finta al hombro que el otro paró, y luego una estocada al vientre. La desvió el bucanero y tiró un golpe al alférez quien, parando en primera, logró pasar el acero por encima de la espada de su rival, hasta ensartarle. Después, empuñó el estandarte contrario y lo agitó triunfalmente.

Leyden, seguido de los dos sargentos, manejaba su descomunal «joyosa»^[6] abatiendo a sus rivales.

La batalla continuaba con mayor fiereza. Los soldados cargaban furiosamente, arrollando toda resistencia, con las picas y las espadas cubiertas de sangre, que se había extendido hasta el codo del que los manejaba.

Pedro Fajeda se batía con bárbara locura. A su alrededor caían los hombres, como las espigas bajo la guadaña. Su espada, al subir y bajar, despedía centelleos acerados.

De pronto tropezó el catalán y cayó al suelo, soltando su arma. Un filibustero se abalanzó sobre él, enarbolando un arpón. De un salto se apartó el escudero y la improvisada lanza se clavó en tierra. Entonces Fajeda se abalanzó sobre su enemigo, atenazándole con sus músculos de acero. La pasó un brazo por el cuello y comenzó a apretar. El pirata se retorció con desesperación, pugnando por librarse de aquel abrazo de muerte, pero el catalán apretó la tenaza hasta que su adversario, con los ojos desorbitados, se desplomó sin vida.

Fajeda se dispuso a empuñar la espada, cuando vio a un bucanero que apuntaba su mosquete hacia el almirante. Tomó el arpón y lo arrojó con todas sus fuerzas.

La bala se perdió en lo alto, al tiempo que el filibustero caía con el arpón clavado en la espalda.

Los últimos esfuerzos de los franceses eran ya muy débiles. Los ataques de los españoles les desmoronaban, como un ariete, la resistencia de la honda.

François
L'Olonais

corrió hasta llegar d la playa.

El olonés veía con desesperación cómo su fuerza se iba diluyendo. Nada se mantenía en pie ante el empuje de los soldados.

Muchos bucaneros huían por la sabana, perseguidos de cerca por los españoles que los cazaban como si fueran liebres. De nuevo iban a desmoronarse todos sus esfuerzos, una vez más los morenos soldados del rey darían al traste con sus proyectos.

Iba a morir, en aquel perdido islote, bajo las picas y las tizonas de la flota de Barlovento. Sabía muy bien que el Corsario Azul figuraba entre sus enemigos. Había identificado a varios de los aventureros que le seguían y la amargura de la derrota se mezclaba con el odio a su eterno y más afortunado rival.

Tan sólo le quedaba un medio. Huir a La Tortuga. Regresar derrotado a aquel lugar donde nadie le ayudaría. Pero el olonés fiaba en su estrella y estaba seguro de rehacer nuevamente su fortuna. La caleta donde fondeaban sus fragatas no se encontraba

lejos. Embarcaría con todos los hombres que pudiera y marcharía a buscar cobijo en cualquiera de las islas francesas.

Dio sus órdenes con rapidez y la hueste bucanera emprendió la huida hacia el mar perseguida por los españoles, que iban derribando a los enemigos que huían.

Algunos filibusteros fueron separados del grueso del contingente y lucharon hasta morir bajo los aceros españoles.

François

L'Olonais

corrió hasta llegar a la playa. Había por fin logrado separarse de los españoles y podía embarcar. Muy pocos hombres le rodeaban, pero eran los suficientes para gobernar una fragata hasta La Martinica.

A toda prisa embarcaron e izaron el ancla en el mismo instante en que los corsarios y soldados llegaban al mar. Muchos filibusteros que habían intentado seguir al olonés remaban a toda prisa hacia la fragata, pero los españoles, con las armas en alto, entraron en el mar y con el agua hasta la cintura abordaron las lanchas.

Un nuevo combate se trabó en la transparente caleta. Los luchadores se atacaban con ferocidad. Sabían todos que no había cuartel y el eco de la ensenada repetía el chocar de las espadas. Las aguas se teñían de rojo, al hundirse los muertos o los heridos. Los gemidos de muerte, se alzaban sobre el murmullo de las olas.

Mientras, François

L'Olonais,

a bordo de la fragata, se alejaba de Siguatay con los supervivientes de su numerosa flota pirata.

CAPÍTULO XII

PARTE UN GALEÓN

Ante los buques de la flota de Barlovento aparecía la isla La Granada. Ciudad de la Perla ofrecía su hospitalidad a los hombres que habían ahuyentado a los piratas.

Los blancos edificios resplandecían al sol y los rojos techos semejaban que cubriesen la población.

En perfecto orden los galeones entraron en el puerto. Un gran gentío se reunía allí para recibir a sus salvadores. Cuando las naves del rey se acercaron al muelle, la muchedumbre estalló en vítores. Agitaban en el aire los sombreros y los pañuelos saludando a los vencedores.

De las naves correspondían con alegre entusiasmo. Los tripulantes, acodados en la borda, contemplaban en triunfal recibimiento.

Las anclas cayeron al mar con un ruido de engranajes, alzando chorros de agua.

Luego, las lanchas comenzaron a llenarse de hombres, ansiosos de pisar el polvo de la ciudad, después de la dura batalla.

Pérez de Lerma permanecía inmóvil sobre el puente. Sus ojos permanecían fijos en la población, pero en realidad nada veía. Los edificios, la multitud que se agolpaba en los muelles, y el bosque de mástiles, se borraba porque ante sus pupilas aparecía el semblante pálido y desencajado de María Luisa.

Mientras duraron los combates la olvidó, o mejor dicho, la tensión de la lucha venció su preocupación. Ahora renacía con más pujanza que nunca. Comprendía que Diego tenía razón. Debía

renunciar a una de las dos cosas: o María Luisa o las armas. Ambas eran incompatibles y él sólo debía decidir cuál elegía. Ni Diego ni ninguno de sus amigos podía aconsejarle. En la balanza de su corazón debía pesar a la muchacha y a la aventura.

Si por una parte sentía que se le desgarraba el alma al ver que ella marchaba a España para casarse con otro, sentía una profunda e invencible tristeza al pensar que renunciaría para siempre a la alegre y estrecha camaradería de las armas, que se separaría de Diego y de Martín, con los que tantos peligros había compartido, que ya no sentiría el bárbaro goce de enfrentarse con la muerte y que ya nunca mandaría una carga.



François L'Olonais corrió hasta llegar a la playa

Ambos sentimientos se confundían en su mente. Había nacido soldado, era su ilusión máxima y, además, los enemigos de España reanudaban sus ataques con más violencia y cada vez eran más necesarios los defensores del país. Contempló emocionado cómo la bandera española flameaba al viento sobre el presidio.

Había jurado defenderla hasta la muerte.

Preocupado por estos pensamientos bajó a tierra. Un grupo de heridos se pavoneaba ante una taberna aceptando botellas de la delirante multitud. Rodriguillo, el grumete, cruzó ante él, con la mano apoyada en la empuñadura de un espadín, remedando los andares del hercúleo Felipe de Castro.

Aquélla era su vida. ¿Lograría adaptarse a la existencia frívola de la Corte? Debería inclinar la espalda a cada momento y su espina dorsal de soldado había perdido la costumbre.

Un grupo de mozas del mesón le miraban, con sonrientes ojos. Una de ellas se llevó dos dedos a los labios y le lanzó un beso.

—Para el señor alférez. ¡No hay hombres más gallardos que los soldados del rey!

Sintió como si le azotaran. Quizá en breve no lo sería.

Un viejo marinero manco les explicaba a sus compañeros:

—No hay mejor vida que la de las armas. Si no hubiera perdido mi brazo nunca dejara el servicio.

Pérez de Lerma alzó sus ojos húmedos hacía la bandera. No, no podía desertar de su puesto.

Con paso firme se encaminó hacia el palacio del gobernador. La guardia le saludó con marcialidad, y al devolver el saludo, Juan sintió una emoción extraña.

Se encaminó al jardín, buscando a María Luisa. La grava crugió bajo sus botas, acompañando el tintineo de las espuelas.

Una de las dueñas de la muchacha salió a su encuentro.

—¡Señor alférez, señor alférez —exclamó con alegría—, qué contenta estará mi niña cuando sepa que habéis vuelto!

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Pérez de Lerma.

La dueña movió la cabeza.

—No muy bien. Está muy débil. El físico dice que no le convenía casarse, ni tampoco este clima. Corro a avisarla.

Juan quedó inmóvil en el jardín. ¡Cuántos recuerdos volvían a su memoria con la fragancia de las flores!

Unos pasos rápidos sobre la grava le hicieron volverse.

María Luisa avanzaba hacia él, con los brazos extendidos. A pesar de su decisión, el corsario no pudo evitar tomarla entre los suyos y estrechar con fuerza el esbelto cuerpo de la joven, mientras la cubría de besos.

Luego la contempló con ansiedad. Su pálido semblante se veía

demacrado y sus ojos negros circundados por círculos violáceos. De nuevo, su decisión se quebró y no pudo decirle que había decidido separarse de ella para siempre.

—¡Juan, Juan! —sollozó la muchacha—. ¡No sabes cómo esperaba que regresases! ¡Tenía tanto miedo y sufrí...! —Se interrumpió como si temiese revelar su secreto y esbozó una débil sonrisa—. Ya no nos separaremos, ¿verdad?

El alférez Pérez de Lerma, el corsario que asaltaba espada en mano las naves enemigas, se vio falto de valor por primera vez en su vida y mintió:

—No, María Luisa; nunca.

Ella apoyó la cabeza en el hombro macizo del aventurero y murmuró:

—Nunca te exigiré nada, Juan. Sé que tu vida son las armas y que no podrías soportar la existencia de la corte. Tú eres un soldado y estoy muy orgullosa de ti.

Pero su semblante denotaba los sufrimientos que había padecido que el oficial partió a perseguir al olonés.

* * *

En su habitación, Pérez de Lerma paseaba inquieto. Afortunadamente aquella situación acabaría pronto. No podía alargarla y cuanto antes debía concluir. Comprendía muy bien que María Luisa no podía ser la esposa de un soldado y que la incertidumbre la mataba. Sin embargo, sabía que no podía decírselo, ya que ella no se resignaba a la separación y además se encontraba demasiado débil para resistir el golpe. El alférez había concebido un plan y quería ponerlo en práctica. Ante todo retrasó la partida del galeón que transportaría a la joven a España para que ella se encontrare en estado de embarcar.

Los días que siguieron a su llegada fueron un tormento continuo. María Luisa no se separaba de él, prodigándole sus caricias y repitiéndole que le quería. Juan, que sabía que sus amores iban a concluir muy pronto, sufría como un condenado al fuego eterno.

En breve plazo, dos días a lo sumo, el galeón zarparía para España y con él, María Luisa.

El oficial se sentó a la mesa y comenzó a escribir:

«Amor mío: Cuando el capitán te entregue esta carta habrás llegado a España. Nunca más nos volveremos a ver, a menos que la suerte de la guerra me lleve a la Corte. Creo firmemente que es lo mejor para ti que nos separemos para siempre, ya que nada hubiéramos conseguido casándonos. Tú sufrirías demasiado al ser la esposa de un oficial y yo no puedo dejar de ser lo que llevo en la sangre. Te suplico que no dudes de mi amor ni creas, que jugué contigo. Eres la única mujer a la que he querido y siempre vivirás en mi corazón, pero no puedo apartarme del camino que me he trazado. Olvídame y no me guardes rencor. Te suplico que me perdones el mal que involuntariamente haya podido causarte. Tuyo,
Juan».

* * *

El galeón se disponía a zarpar rumbo a España. Un buen número de curiosos congregáronse en el muelle para verlo partir.

María Luisa, acompañada de Pérez de Lerma, embarcó en la nave. Mientras la joven inspeccionaba su cámara, el corsario fué al encuentro del capitán del buque.

—Decid.

—Entregad esto a la duquesa de Santángel, cuando lleguéis a España, pero durante el viaje no habléis de ello con nadie —dijo al tiempo que le entregaba la carta.

—Descuidad, señor alférez.

Juan regresó a la cubierta. María Luisa se acercó a él y murmuró:

—Te esperaré en Cádiz.

De nuevo mintió el oficial:

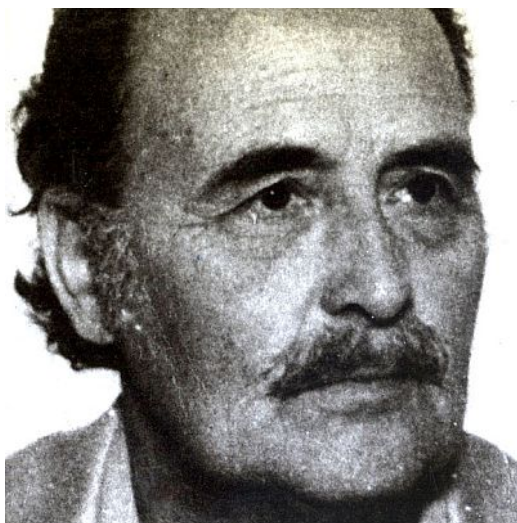
—Marcharé en cuanto tramite mi licencia.

Sonó inesperadamente la campana del buque. La muchacha le miró con tristeza, mientras el joven le cubría de besos la manecita.

Se separó de ella y bajó a tierra. Desde el muelle, Pérez de

Lerma contempló cómo el galeón se alejaba, apartando a María Luisa de su vida.

fin



Jacinto León-Ignacio Ruiz de Cardenas
(1919-1991):

H. Onson). Nacido en Barcelona, trabajó como redactor de la revista de cine Fotogramas colaborando también en El Correo Catalán, Algo Horizonte y TeleExpres. Fue un prolífico traductor entre otros de las obras de Hemingway y Jack London. Cultivó en la novela popular no sólo el género bélico sino otros como el Oeste y policiacas, firmando como León-Ignacio, J. León, J. Dixon, y Sterling Graham. Era el autor de la gran mayoría de las novelas de la colección Hombres del Oeste, de la editorial Clíper, y un buen número de títulos en otras colecciones como Pueblos del Oeste, también de Clíper, y en varias de las series dedicadas al western de Bruguera, donde también escribía como J. de Cárdenas en la colección Bisonte y en Servicio Secreto de Bruguera como J. Dixon y Sterling Graham. Con el seudónimo León-Ignacio publicó cuatro libros de tipo histórico, A ras de tierra, Corpus de Sangre, Los quinquis y Los años del pistolerismo en Barcelona. Ensayo para una guerra civil. La mayor parte de las novelas de la colección Bazooka se deben a su buena información sobre la Segunda Guerra Mundial. El cuidado que transparenta su información sobre los hechos que relata se nota en los numerosos pies de página para informar al

lector sobre las técnicas las tácticas de los contendientes. Acompaña un plano para poder seguir el acontecimiento que describe.

Notas

[1] Famoso almirante español que derroto a los turcos y a una flota filibustera en el Caribe. < <

[2] Fortín rodeado de una empalizada. < <

[3] La isla de Siguatey era, en efecto un nido de filibusteros y la flota de Barlovento, tras una dura batalla, los desalojó de aquel refugio.

< <

[4] El Océano Pacífico. < <

[5] El cabo de tropa era un capitán al que se entregaba el mando de dos compañías y, sin cambiar de grado, tenía más autoridad que los otros capitanes. < <

[6] Espada en el léxico de los aventureros. < <